

# Zadig o el destino

---

Voltaire



# Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

Dedicatoria de Zadig a la Sultana Cheraah,  
por Sadi.

A 18 del mes de Cheval, año 837 de la  
hégira.

Embeleso de las niñas de los ojos, tormento del corazón, luz del ánimo, no beso yo el polvo de tus pies, porque o no andas a pié, o si andas, pisas o rosas o tapetes de Irán. Ofrézcote la versión de un libro de un sabio de la antigüedad, que siendo tan feliz que nada tenia que hacer, gozó la dicha mayor de divertirse con escribir la historia de Zadig, libro que dice más de lo que parece. Ruégote que le leas y le aprecies en lo que valiere; pues aunque todavía está tu vida en su primavera, aunque te embisten de rondón los pasatiempos todos, aunque eres hermosa, y tu talento da a tu hermosura mayor realce, aunque te elogian de día y de noche, motivos concomitantes que son mas que suficientes para que no tengas pizca de

sentido común, con todo eso tienes agudeza, discreción, y finísimo gusto, y te he oído discurrir con mas tino que ciertos derviches viejos de luenga barba, y gorra piramidal. Eres prudente sin ser desconfiada, piadosa sin flaqueza, benéfica con acierto, amiga de tus amigos, sin colrar enemigos. Nunca cifras en decir pullas el chiste de tus agudezas, ni dices mal de nadie, ni a nadie se le haces, puesto que tan fácil cosa te seria lo uno y lo otro. Tu alma siempre me ha parecido tan perfecta como tu hermosura. Ni te falta cierto caudalejo de filosofía, que me ha persuadido a que te agradecería más que a otra este escrito de un sabio.

Escribióse primero en el antiguo caldeo, que ni tú ni yo sabemos, y fue traducido en árabe para recreación del nombrado sultán Ulugbeg, en los tiempos que Árabes y Persianos se daban a escribir las Mil y una Noches, los Mil y un Días, etc. Ulug más gustaba de leer a Zadig, pero las sultanas se

divertían más con los Mil y uno. Decíales el sabio Ulug, que como podían llevar en paciencia unos cuentos sin pies ni cabeza, que nada querían decir. Pues por eso mismo son de nuestro gusto, respondieron las sultanas.

Espero que tú no te parezcas a ellas, y que seas un verdadero Ulug; y no desconfío de que cuando te halles fatigada de conversaciones tan instructivas como los Mil y uno, aunque mucho menos recreativas, podré yo tener la honra de que te ocupes algunos minutos de vagar en oírme cosas dichas en razón.

Si en tiempo de Scander, hijo de Filipino, hubieras sido Talestris, o la reina de Sabea en tiempo de Solimán, estos reyes hubieran sido los que hubieran peregrinado por verte.

Ruego a las virtudes celestiales que tus deleites no lleven acíbar, que sea duradera tu hermosura, y tu ventura perpetua.

SADI.

## I.- El tuerto.

Reinando el rey Moabdar, vivía en Babilonia un mozo llamado Zadig, de buena índole, que con la educación se había mejorado. Sabía enfrenar sus pasiones, aunque mozo y rico; ni gastaba afectación, ni se empeñaba en que le dieran siempre la razón, y respetaba la flaqueza humana. Pasmábanse todos viendo que puesto que le sobraba agudeza, nunca se mofaba con chufletas de los desconciertos mal hilados, de las murmuraciones sin fundamento, de los disparatados fallos, de las burlas de juglares, que llamaban conversación los Babilonios. En el libro primero de Zoroastro había visto que es el amor propio una pelota llena de viento, y que salen de ella borrascas así, que la pican. No se alababa Zadig de que no hacía aprecio de las mujeres, y de que las dominaba. Era liberal, sin que le arredrase el temor de hacer bien a desagradecidos,

cumpliendo con aquel gran mandamiento de Zoroastro, que dice: "Da de comer a los perros" cuando tú comieres, aunque te muerdan "luego." Era sabio cuanto puede serlo el hombre, pues procuraba vivir en compañía de los sabios: había aprendido las ciencias de los Caldeos, y estaba instruido en cuanto acerca de los principios físicos de la naturaleza en su tiempo se conocía; y de metafísica sabía todo cuanto en todos tiempos se ha sabido, que es decir muy poca cosa. Creía firmísimamente que un año tiene trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, contra lo que enseñaba la moderna filosofía de su tiempo, y que estaba el sol en el centro del mundo; y cuando los principales magos le decían en tono de improperio, y mirándole de reojo, que sustentaba principios sapientes haeresim, y que solo un enemigo de Dios y del estado podía decir que giraba el sol sobre su eje, y que era el año de doce meses, se callaba Zadig, sin fruncir las cejas ni encogerse de hombros.

Opulento, y por tanto no faltándole amigos, disfrutando salud, siendo buen mozo, prudente y moderado, con pecho ingenuo, y elevado ánimo, creyó que podía aspirar a ser feliz. Estaba apalabrado su matrimonio con Semira, que por su hermosura, su dote, y su cuna, era el mejor casamiento de Babilonia. Profesábale Zadig un sincero y virtuoso cariño, y Semira le amaba con pasión. Rayaba ya el venturoso día que a enlazarlos iba, cuando paseándose ambos amantes fuera de las puertas de Babilonia, bajo unas palmas que daban sombra a las riberas del Eúfrates, vieron acercarse unos hombres armados con alfanjes y flechas. Eran estos unos sayones del mancebo Orcan, sobrino de un ministro, y en calidad de tal los aduladores de su tío le habían persuadido a que podía hacer cuanto se le antojase. Ninguna de las prendas y virtudes de Zadig poseía; pero creído que se le aventajaba mucho, estaba desesperado por no ser el preferido. Estos celos, meros hijos de su vanidad, le hicieron creer que estaba



enamorado de Semira, y quiso robarla. Habíanla cogido los robadores, y con el arrebató de su violencia la habían herido, vertiendo la sangre de una persona que con su presencia los tigres del monte Imao habría amansado. Traspasaba Semira el cielo con sus lamentos, gritando: ¡Querido esposo, que me llevan de aquel a quien adoro! No la movía el peligro en que se veía, que solo en su caro Zadig pensaba. Defendíala este con todo el denuedo del amor y la valentía, y con ayuda de solos dos esclavos ahuyentó a los robadores, y se trajo a Semira ensangrentada y desmayada, que al abrir los ojos conoció à su libertador. ¡O Zadig! le dijo, os quería como a mi esposo, y ahora os quiero como aquel a quien de vida y honra soy deudora. Nunca rebosó un pecho en más tiernos afectos que el de Semira, nunca tan linda boca pronunció con tanta viveza de aquellas inflamadas expresiones que de la gratitud del más alto beneficio y de los mas tiernos raptos del cariño mas legitimo son hijas.

Era leve su herida, y sanó en breve. Zadig estaba herido de más peligro, porque una flecha le había hecho una honda llaga junto al ojo. Semira importunaba a los Dioses por la cura de su amante: día y noche bañados los ojos en llanto, aguardaba con impaciencia el instante que los de Zadig se pudieran gozar en mirarla; pero una apostema que se formó en el ojo herido causó el mayor temor. Enviaron a llamar a Menfis al célebre médico Hermes, que vino con una crecida comitiva; y habiendo visitado al enfermo declaró que irremediablemente perdía el ojo, pronosticando hasta el día y la hora que había de suceder tan fatal desmán. Si hubiera sido, dijo, el ojo derecho, yo le curaría; pero las heridas del izquierdo no tienen cura. Toda Babilonia se dolió de la suerte de Zadig, al paso que quedó asombrada con la profunda ciencia de Hermes. Dos días después reventó naturalmente la apostema, y sanó Zadig. Hermes escribió un libro, probándole que no debía haber sanado, el

cual Zadig no leyó; pero luego que pudo salir, fue a ver a aquella de quien esperaba su felicidad, y por quien únicamente quería tener ojos, Hallábase Semira en su quinta, tres días hacia, y supo Zadig en el camino, que después de declarar resueltamente que tenia una invencible antipatía a los tuertos, la hermosa dama se había casado con Orcan aquella misma noche. Desmayóse al oír esta nueva, y estuvo en poco que su dolor le condujera al sepulcro; mas después de una larga enfermedad pudo mas la razón que el sentimiento, y fue no poca parte de su consuelo la misma atrocidad del agravio. Pues he sido víctima, dijo, de tan cruel antojo de una mujer criada en palacio, me casaré con una hija de un honrado vecino. Escogió pues por mujer a Azora, doncella muy cuerda y de la mejor índole, en quien no notó mas defecto que alguna insustancialidad, y no poca inclinación a creer que los mozos mas lindos eran siempre los mas cuerdos y virtuosos.

## II.- Las narices.

Un día que volvía del paseo Azora toda inmutada, y haciendo descompuestos ademanes: ¿Qué tienes, querida? le dijo Zadig; ¿qué es lo que tan fuera de ti te ha puesto? ¡Ay! le respondió Azora, lo mismo hicieras tú, si hubieses visto la escena que acabo yo de presenciar, había ido a consolar a Cosrúa, la viuda joven que ha erigido, dos días ha, un mausoleo al difunto mancebo, marido suyo, cabe el arroyo que baña esta pradera, jurando a los Dioses, en su dolor, que no se apartaría de las inmediaciones de este sepulcro, mientras el arroyo no mudara su corriente. Bien está, dijo Zadig; eso es señal de que es una mujer de bien, que amaba de veras a su marido. Ha, replico Azora, si tú supieras cual era su ocupación cuando entré a verla. --¿Cuál era, hermosa Azora? --Dar otro cauce al arroyo. Añadió luego Azora tantas invectivas, prorumpió en

tan agrias acusaciones contra la viuda moza, que disgustó mucho a Zadig virtud tan jactanciosa. Un amigo suyo, llamado Cador, era uno de los mozos que reputaba Azora por de mayor mérito y probidad que otros; Zadig le fió su secreto, afianzando, en cuanto le fue posible, su fidelidad con cuantiosas dádivas. Después de haber pasado Azora dos días en una quinta de una amiga suya, se volvió a su casa al tercero. Los criados le anunciaron llorando que aquella misma noche se había caído muerto de repente su marido, que no se habían atrevido a llevarle tan mala noticia, y que acababan de enterrar a Zadig en el sepulcro de sus padres al cabo del jardín. Lloraba Azora, mesábase los cabellos, y juraba que no quería vivir. Aquella noche pidió Cador licencia para hablar con ella, y lloraron, ambos. El siguiente día lloraron menos, y comieron juntos. Fióle Cador que le había dejado su amigo la mayor parte de su caudal, y le dio a entender que su mayor dicha sería poder partirle con ella. Lloró con esto la

dama, enojóse, y se apaciguó luego; y como la cena fue mas larga que la comida, hablaron ambos con mas confianza. Hizo Azora el panegírico del difunto, confesando empero que adolecía de ciertos defectillos que en Cador no se hallaban.

En mitad de la cena se quejó Cador de un vehemente dolor en el bazo, y la dama inquieta y asustada mandó le trajeran todas las esencias con que se sahumaba, para probar si alguna era un remedio contra los dolores de bazo; sintiendo mucho que se hubiera ido ya de Babilonia el sapientísimo Hermes, y dignándose hasta de tocar el lado donde sentía Cador tan fuertes dolores. ¿Suele daros este dolor tan cruel? le dijo compasiva. A dos dedos de la sepultura me pone a veces, le respondió Cador, y no hay más que un remedio para aliviarme, que es aplicarme al costado las narices de un hombre que haya muerto el día antes. ¡Raro remedio! dijo Azora. No es mas raro, respondió Cador, que los cuernos de

ciervo que ponen a los niños para preservarlos del mal de ojos. Esta última razón con el mucho mérito del mozo determinaron al cabo a la Señora. Por fin, dijo, si las narices de mi marido son un poco mas cortas en la segunda vida que en la primera, no por eso le ha de impedir el paso el ángel Asrael, cuando atraviere el puente Sebinavar, para transitar del mundo de ayer al de mañana. Diciendo esto, cogió una navaja, llegóse al sepulcro de su esposo bañándole en llanto, y se bajó para cortarle las narices; pero Zadig que estaba tendido en el sepulcro, agarrando con una mano sus narices, y desviando la navaja con la otra, se alzó de repente exclamando; Otra vez no digas tanto mal de Cosrúa, que la idea de cortarme las narices bien se las puede apostar a la de mudar la corriente de un arroyo.

### III.- El perro y el caballo.

En breve experimentó Zadig que, como

dice el libro de Zenda–Vesta, si el primer mes de matrimonio es la luna de miel, el segundo es la de acíbar. Vióse muy presto precisado a repudiar a Azora, que se había tornado inaguantable, y procuró ser feliz estudiando la naturaleza. No hay ser mas venturoso, decía, que el filósofo que estudia el gran libro abierto por Dios a los ojos de los hombres. Las verdades que descubre son propiedad suya: sustenta y enaltece su ánimo, y vive con sosiego, sin temor de los demás, y sin que venga su tierna esposa a cortarle las narices.

Empapado en estas ideas, se retiró a una quinta a orillas del Eúfrates, donde no se ocupaba en calcular cuantas pulgadas de agua pasan cada segundo bajo los arcos de un puente, ni si el mes del ratón llueve una línea cúbica de agua mas que el del carnero; ni ideaba hacer seda con telarañas, o porcelana con botellas quebradas; estudiaba, sí, las propiedades de los animales y las plantas, y en poco tiempo granjeó una sagacidad que le hacia



tocar millares de diferencias donde los otros solo uniformidad veían.

Paseándose un día junto a un bosquecillo, vio venir corriendo un eunuco de la reina, acompañado de varios empleados de palacio: todos parecían llenos de zozobra, y corrían a todas partes como locos que andan buscando lo más precioso que han perdido. Mancebo, le dijo el principal eunuco, ¿visteis al perro de la reina? Respondióle Zadig con modestia: Es perra que no perro. Tenéis razón, replicó el primer eunuco. Es una perra fina muy chiquita, continuó Zadig, que ha parido poco ha, coja del pié izquierdo delantero, y que tiene las orejas muy largas. ¿Con que la habéis visto? dijo el primer eunuco fuera de sí. No por cierto, respondió Zadig; ni la he visto, ni sabia que la reina tuviese perra ninguna.

Aconteció que por un capricho del acaso se hubiese escapado al mismo tiempo de manos de un palafrenero del rey el mejor caballo de las caballerizas reales, y andaba corriendo por la

vega de Babilonia. Iban tras de él el caballero mayor y todos sus subalternos con no menos premura que el primer eunuco tras de la perra, Dirigióse el caballero a Zadig, preguntándole si había visto el caballo del rey. Ese es un caballo, dijo Zadig, que tiene el mejor galope, dos varas de alto, la pezuña muy pequeña, la cola de vara y cuarta de largo; el bocado del freno es de oro de veinte y tres quilates, y las herraduras de plata de once dineros. ¿Y por donde ha ido? ¿dónde está? preguntó el caballero mayor. Ni le he visto, repuso Zadig, ni he oído nunca hablar de él.

Ni al caballero mayor ni al primer eunuco les quedó duda de que había robado Zadig el caballo del rey y la perra de la reina; condujeronle pues a la asamblea del gran Desterham, que le condenó a doscientos azotes y seis años de presidio. No bien hubieron dado la sentencia, cuando parecieron el caballo y la perra, de suerte que se vieron los jueces en la dolorosa precisión de anular su sentencia;

condenaron empero a Zadig a una multa de cuatrocientas onzas de oro, porque había dicho que no había visto habiendo visto. Primero pagó la multa, y luego se le permitió defender su pleito ante el consejo del gran Desterliam, donde dijo así:

Astros de justicia, pozos de ciencia, espejos de la verdad, que con la gravedad del plomo unís la dureza del hierro, el brillo del diamante, y no poca afinidad con el oro, siéndome permitido hablar ante esta augusta asamblea, juro por Orosmades, que nunca vi ni la respetable perra de la reina, ni el sagrado caballo del rey de reyes. El suceso ha sido como voy a contar. Andaba paseando por el bosquecillo donde luego encontré al venerable eunuco, y al ilustrísimo caballero mayor. Observé en la arena las huellas de un animal, y fácilmente conocí que era un perro chico. Unos surcos largos y ligeros, impresos en montoncillos de arena entre las huellas de las patas, me dieron a conocer que era una perra, y

que le colgaban las tetas, de donde colegí que había parido pocos días hacia. Otros vestigios en otra dirección, que se dejaban ver siempre al ras de la arena al lado de los pies delanteros, me demostraron que tenía las orejas largas; y como las pisadas del un pié eran menos hondas en la arena que las de los otros tres, saqué por consecuencia que era, si soy osado a decirlo, algo coja la perra de nuestra augusta reina.

En cuanto al caballo del rey de reyes, la verdad es que paseándome por las veredas de dicho bosque, noté las señales de las herraduras de un caballo, que estaban todas a igual distancia. Este caballo, dije, tiene el galope perfecto. En una senda angosta que no tiene más de dos varas y media de ancho, estaba a izquierda y a derecha barrido el polvo en algunos parajes. El caballo, conjeturé yo, tiene una cola de vara y cuarta, que con sus movimientos a derecha y a izquierda ha barrido este polvo. Debajo de los árboles que formaban una enramada de dos varas de alto,

estaban recién caídas las hojas de las ramas, y conocí que las había dejado caer el caballo, que por tanto tenía dos varas. Su freno ha de ser de oro de veinte y tres quilates, porque habiendo estregado la cabeza del bocado contra una piedra que he visto que era de toque, hice la prueba. Por fin, las marcas que han dejado las herraduras en piedras de otra especie me han probado que eran de plata de once dineros.

Quedáronse pasmados todos los jueces con el profundo y sagaz tino de Zadig, y llegó la noticia al rey y la reina. En antecámaras, salas, y gabinetes no se hablaba más que de Zadig, y el rey mandó que se le restituyese la multa de cuatrocientas onzas de oro a que había sido sentenciado, puesto que no pocos magos eran de dictamen de quemarle como hechicero. Fuéron con mucho aparato a su casa el escribano de la causa, los alguaciles y los procuradores, a llevarle sus cuatrocientas onzas, sin guardar por las costas más que trescientas noventa y ocho; verdad es que los

escribientes pidieron una gratificación.

Viendo Zadig que era cosa muy peligrosa el saber en demasía, hizo propósito firme de no decir en otra ocasión lo que hubiese visto, y la ocasión no tardó en presentarse. Un reo de estado se escapó, y pasó por debajo de los balcones de Zadig. Tomáronle declaración a este, no declaró nada; y habiéndole probado que se había asomado al balcón, por tamaño delito fue condenado a pagar quinientas onzas de oro, y dio las gracias a los jueces por su mucha benignidad, que así era costumbre en Babilonia, ¡Gran Dios, decía Zadig entre sí, qué desgraciado es quien se pasea en un bosque por donde haya pasado el caballo del rey, o la perrita de la reina! ¡Qué de peligros corre quien a su balcón se asoma! ¡Qué cosa tan difícil es ser dichoso en esta vida!

IV.- El envidioso.

Apeló Zadig a la amistad y a la filosofía

para consolarse de los males que le había hecho la fortuna. En un arrabal de Babilonia tenia una casa alhajada con mucho gusto, y allí reunía las artes y las recreaciones dignas de un hombre fino. Por la mañana estaba su biblioteca abierta para todos los sabios, y por la tarde su mesa a personas de buena educación. Pero muy presto echó de ver que era muy peligroso tratar con sabios. Suscitóse una fuerte disputa acerca de una ley de Zoroastro, que prohíbe comer grifo. ¿Como está prohibido el grifo, decían unos, si no hay tal animal? Fuerza es que le haya, decían otros, cuando no quiere Zoroastro que le comamos. Zadig, por ponerlos conformes, les dijo: Pues no comamos grifo, si grifos hay; y si no los hay, menos los comeremos, y así obedeceremos a Zoroastro.

Había un sabio escritor que había compuesto una obra en trece tomos en folio acerca de las propiedades de los grifos, gran teurgista, que a toda prisa se fue a presentar ante el archimago Drastanés, el más necio, y a

consecuencia el más fanático de los Caldeos de aquellos remotos tiempos. En honra y gloria del Sol, habría este mandado empalar a Zadig, y rezado luego el breviario de Zoroastro con mas devota compunción. Su amigo Cador (que un amigo vale mas que un ciento de clérigos) fue a ver al viejo Drastanés, y le dijo así: Gloria al Sol y a los grifos; nadie toque al pelo a Zadig, que es un santo, y mantiene grifos en su corral, sin comérselos: su acusador sí, que es hereje. ¿Pues no ha sustentado que no son ni solípedos ni inmundos los conejos? Bien, bien, dijo Drastanés, meneando la temblona cabeza: a Zadig se le ha de empalar, porque tiene ideas erróneas sobre los glifos; y al otro, porque ha hablado sin miramiento de los conejos. Apaciguólo Cador todo por medio de una moza de retrete de palacio, a quien había hecho un chiquillo, la cual tenia mucho influjo con el colegio de los magos, y no empalaron a nadie; cosa que la murmuraron muchos doctores, y por ello pronosticaron la próxima decadencia



de Babilonia. Decía Zadig: ¿En qué se cifra la felicidad? Todo me persigue en la tierra, hasta los seres imaginarios; y maldiciendo de los sabios, resolvió ceñirse a vivir con la gente fina.

Reuníanse en su casa los sujetos de mas fino trato de Babilonia, y las mas amables damas; servíanse exquisitas cenas, precedidas las mas veces de academias, y que animaban conversaciones amables, en que nadie aspiraba a echarlo de agudo, que es medio certísimo de ser un majadero, y deslustrar la mas brillante tertulia. Los platos y los amigos no eran los que escogía la vanagloria, que en todo prefería a la apariencia la realidad, y así se granjeaba una estimación sólida, por eso mismo que menos a ella aspiraba.

Vivía en frente de su casa un tal Arimazo, sujeto que llevaba la perversidad de su ánimo en la fisonomía grabada: corroíale la envidia, y reventaba de vanidad, desando aparte que era un presumido de saber fastidioso. Como las personas finas se burlaban de él, él se vengaba

hablando mal de ellas. Con dificultad reunía en su casa aduladores, puesto que era rico. Importunábale el ruido de los coches que entraban de noche en casa de Zadig, pero más le enfadaba el de las alabanzas que de él oía. Iba algunas veces a su casa, y se sentaba a la mesa sin que le convidaran, corrompiendo el júbilo de la compañía entera, como dicen que inficionan las arpas los manjares que tocan. Sucedióle un día que quiso dar un banquete a una dama, que, en vez de admitirle, se fue a cenar con Zadig; y otra vez, estando ambos hablando en palacio, se llegó un ministro que convidó a Zadig a cenar, y no le dijo nada a Arimazo. En tan flacos cimientos estriban a veces las más crueles enemigas. Este hombre, que apellidaba Babilonia el envidioso, quiso dar al traste con Zadig, porque le llamaban el dichoso. Cien veces al día, dice Zoroastro, se halla ocasión para hacer daño, y para hacer bien apenas una vez al año.

Fuése el envidioso a casa de Zadig, el cual

se estaba paseando por sus jardines con dos amigos, y una señora a quien decía algunas flores, sin otro ánimo que decir las. Tratábase de una guerra que acababa de concluir con felicidad el rey contra el príncipe de Hircania, feudatario suyo. Zadig que en esta corta guerra había dado repetidas pruebas de valor, hacia muchos elogios del rey, y más todavía de la dama. Cogió su libro de memoria, y escribió en él cuatro versos de repente, que dio a leer a su hermosa huésped; pero aunque sus amigos le suplicaron que se los leyese, por modestia, o acaso por un amor propio muy discreto, no quiso hacerlo: que bien sabía que los versos de repente hechos solo son buenos para aquella para quien se hacen. Rasgó pues en dos la hoja del librito de memoria en que los había escrito, y tiró los dos pedazos a una enramada de rosales, donde fue en balde buscarlos. Empezó en breve a lloviznar, y se volvieron todos a los salones; pero el envidioso que se había quedado en el jardín, tanto registró que dio con

una mitad de la hoja, la cual de tal manera estaba rasgada, que la mitad de cada verso que llenaba un renglón formaba sentido, y aun un verso corto; y lo mas extraño es que, por un acaso todavía mas extraordinario, el sentido que formaban los tales versos cortos era una atroz infectiva contra el rey. Leíase en ellos:

Un monstruo detestable Hoy rige la Caldea; Su trono incontrastable El poder mismo afea,

Por la vez primera de su vida se creyó feliz el envidioso, teniendo con que perder a un hombre de bien y amable. Embriagado en tan horrible júbilo, dirigió al mismo rey esta sátira escrita de pluma de Zadig, el cual, con sus dos amigos y la dama, fue llevado a la cárcel, y se le formó causa, sin que se dignaran de oírle. Púsose el envidioso, cuando le hubieron sentenciado, en el camino por donde había de pasar, y le dijo que no valían nada sus versos. No lo echaba Zadig de poeta; sentía empero en el alma verse condenado como reo de lesa

majestad, y dejar dos amigos y una hermosa dama en la cárcel por un delito que no había cometido. No lo permitieron alegar nada en su defensa, porque el libro de memoria estaba claro, y que así era estilo en Babilonia. Caminaba pues al cadalso, atravesando inmensas filas de gentes curiosas; ninguno se atrevía a condolerse de él, pero sí se agolpaban para examinar qué cara ponía, y si iba a morir con aliento. Sus parientes eran los únicos afligidos, porque no heredaban, habiéndose confiscado las tres cuartas partes de su caudal a beneficio del erario, y la restante al del envidioso.

Mientras que se estaba disponiendo a morir, se voló del balcón el loro del rey, y fue a posarse en los rosales del jardín de Zadig. Había derribado el viento un melocotón de un árbol inmediato, que había caído sobre un pedazo de un librito de memoria escrito, y se le había pegado. Agarró el loro el melocotón con lo escrito, y se lo llevó todo a las rodillas del

rey. Curioso esta leyó unas palabras que no significaban nada, y parecían fines de verso. Como era aficionado a la poesía, y que siempre se puede sacar algo con los príncipes que gustan de coplas, le dio en que pensar la aventura del papagayo. Acordándose entonces la reina de lo que había en el trozo del libro de memoria de Zadig, mandó que se le trajesen, y confrontando ambos trozos se vio que venia uno con otro; y los versos de Zadig, leídos como él los había escrito, eran los siguientes:

Un monstruo detestable es la sangrienta guerra; Hoy rige la Caldea en paz el rey sin sustos: Su trono incontrastable amor tiene en la tierra; El poder mismo afea quien no goza sus gustos.

Al punto mandó el rey que trajeran a Zadig a su presencia, y que sacaran de la cárcel a sus dos amigos y la hermosa dama. Postróse el rostro por el suelo Zadig a las plantas del rey y la reina; pidióles rendidamente perdón por los malos versos que había compuesto, y habló con

tal donaire, tino y agudeza, que los monarcas quisieron volver a verle: volvió, y gustó más. Le adjudicaron los bienes del envidioso que injustamente le había acusado: Zadig se los restituyó todos, y el único afecto del corazón de su acusador fue el gozo de no perder lo que tenía. De día en día se aumentaba el aprecio que el rey de Zadig hacia: convidábale a todas sus recreaciones, y le consultaba en todos asuntos. Desde entonces la reina empezó a mirarle con una complacencia que podía acarrear graves peligros a ella, a su augusto esposo, a Zadig y al reino entero, y Zadig a creer que no es cosa tan dificultosa vivir feliz.

#### V.- El generoso.

Vino la época de la celebridad de una solemne fiesta que se hacia cada cinco años, porque era estilo en Babilonia declarar con solemnidad, al cabo de cinco años, cual de los ciudadanos había hecho la mas generosa

acción. Los jueces eran los grandes y los magos. Exponía el primer sátrapa encargado del gobierno de la ciudad, las acciones mas ilustres hechas en el tiempo de su gobierno; los jueces votaban, y el rey pronunciaba la decisión. De los extremos de la tierra acudían espectadores a esta solemnidad. Recibía el vencedor de mano del monarca una copa de oro guarnecida de piedras preciosas, y le decía el rey estas palabras: "Recibid este premio de la generosidad, y ojalá me concedan los Dioses muchos vasallos que a vos se parezcan."

Llegado este memorable día, se dejó ver el rey en su trono, rodeado de grandes, magos y diputados de todas las naciones, que venían, a unos juegos donde no con la ligereza de los caballos, ni con la fuerza corporal, sino con la virtud se granjeaba la gloria. Recitó en voz alta el sátrapa las acciones por las cuales podían sus autores merecer el inestimable premio, y no habló siquiera de la magnanimidad con que había restituido Zadig todo su caudal al



envidioso: que no era esta acción que mereciera disputar el premio.

Primero presentó a un juez que habiendo, en virtud de una equivocación de que no era responsable, fallado un pleito importante contra un ciudadano, le había dado todo su caudal, que era lo equivalente de la pérdida del litigante.

Luego produjo un mancebo que perdido de amor por una doncella con quien se iba a casar, se la cedió no obstante a un amigo suyo, que estaba a la muerte por amores de la misma, y además dotó la doncella.

Hizo luego comparecer a un militar que en la guerra de Hircania había dado ejemplo todavía de mayor generosidad. Llevábanse a su amada unos soldados enemigos, y mientras la estaba defendiendo contra ellos, le vinieron a decir que otros Hircanos se llevaban de allí cerca a su madre; y abandonó llorando a su querida, por libertar a la madre. Cuando volvió a tomar la defensa de su dama, la encontró

expirando, y se quiso dar la muerte; pero le representó su madre que no tenía más apoyo que él, y tuvo ánimo para sufrir la vida.

Inclinábanse los jueces por este soldado; pero el rey tomando la palabra, dijo: acción es noble la suya, y también lo son las de los otros, pero no me pasman; y ayer hizo Zadig una que me ha pasmado. Pocos días ha que ha caído de mi gracia Coreb, mi ministro y valido. Quejábame de él con vehemencia, y todos los palaciegos me decían que era yo demasíadamente misericordioso; todos decían a porfía mal de Coreb. Pregunté su dictamen a Zadig, y se atrevió a alaharle. Confieso que en nuestras historias he visto ejemplos de haber pagado un yerro con su caudal, cedido su dama, o antepuesto su madre al objeto de su amor; pero nunca he leído que un palaciego haya dicho bien de un ministro caído con quien estaba enojado su soberano. A cada uno de aquellos cuyas acciones se han recitado le doy veinte mil monedas de oro; pero la copa se la

doy a Zadig.

Señor, replicó este, vuestra majestad es el único que la merece, y quien ha hecho la mas inaudita acción, pues siendo rey no se ha indignado contra su esclavo que contradecía su pasión. Todos celebraron admirados al rey y a Zadig. Recibieron las dádivas del monarca el juez que había dado su caudal, el amante que había casado a su amada con su amigo, y el soldado que antes quiso librar a su madre que a su dama; y Zadig obtuvo la copa. Granjeóse el rey la reputación de buen príncipe, que no conservó mucho tiempo; y se consagró el día con fiestas que duraron mas de lo que prescribía la ley, conservándose aun su memoria en el Asia. Decía Zadig: ¡con que en fin soy feliz! pero Zadig se engañaba.

VI.- El ministro.

Habiendo perdido el rey a su primer ministro, escogió a Zadig para desempeñar este

cargo. Todas las hermosas damas de Babilonia aplaudieron esta elección, porque nunca había habido ministro tan mozo desde la fundación del imperio: todos los palaciegos la sintieron; al envidioso le dio un vómito de sangre, y se le hincharon extraordinariamente las narices. Dio Zadig las gracias al rey y a la reina, y fue luego a dárselas al loro. Precioso pájaro, le dijo, tú has sido quien me has librado la vida, y quien me has hecho primer ministro. Mucho mal me habían hecho la perra y el caballo de sus majestades, pero tú me has hecho mucho bien. ¡En qué cosas estriba la suerte de los humanos! Pero puede ser que mi dicha se desvanezca dentro de pocos instantes. El loro respondió: antes. Dio golpe a Zadig esta palabra; puesto que a fuer de buen físico que no creía que fuesen los loros profetas, se sosegó luego, y empezó a servir su cargo lo mejor que supo.

Hizo que a todo el mundo alcanzara el sagrado poder de las leyes, y que a ninguno abrumara el peso de su dignidad. No impidió

la libertad de votos en el diván, y cada visir podía, sin disgustarle, exponer su dictamen. Cuando fallaba de un asunto, la ley, no él, era quien fallaba; pero cuando esta era muy severa, la suavizaba; y cuando faltaba ley, la hacía su equidad tal, que se hubiera podido atribuir a Zoroastro. El fue quien dejó vinculado en las naciones el gran principio de que vale más libertar un reo, que condenar un inocente. Pensaba que era destino de las leyes no menos socorrer a los ciudadanos que amedrentarlos. Cifrábase su principal habilidad en desenmarañar la verdad que procuran todos obscurecer. Sirvióse de esta habilidad desde los primeros días de su administración. Había muerto en las Indias un comerciante muy nombrado de Babilonia: y habiendo dejado su caudal por iguales partes a sus dos hijos, después de dotar a su hija, dejaba además un legado de treinta mil monedas de oro a aquel de sus hijos que se decidiese que le había querido más. El mayor le erigió un sepulcro, y

el menor dio a su hermana parte de su herencia en aumento de su dote. La gente decía: El mayor quería más a su padre, y el menor quiere más a su hermana: las treinta mil monedas se deben dar al mayor. Llamó Zadig sucesivamente a los dos, y le dijo al mayor: No ha muerto vuestro padre, que ha sanado de su última enfermedad, y vuelve a Babilonia. Loado sea Dios, respondió el mancebo; pero su sepulcro me había costado harto caro. Lo mismo dijo luego Zadig al menor. Loado sea Dios, respondió, voy a restituir a mi padre todo cuanto tengo, pero quisiera que desase a mi hermana lo que le he dado. No restituiréis nada, dijo Zadig, y se os darán las treinta mil monedas, que vos sois el que mas a vuestro padre queráis.

Había dado una doncella muy rica palabra de matrimonio a dos magos, y después de haber recibido algunos meses instrucciones de ambos, se encontró en cinta. Ambos querían casarse con ella. La doncella dijo que seria su

marido el que la había puesto en estado de dar un ciudadano al imperio. Uno decía: Yo he sido quien he hecho esta buena obra; el otro: No, que soy yo quien he tenido tanta dicha. Está bien, respondió la doncella, reconozco por padre de la criatura el que le pueda dar mejor educación. Parió un chico, y quiso educarle uno y otro mago. Llevada la instancia ante Zadig, los llamó a entrambos, y dijo al primero: ¿Qué has de enseñar a tu alumno? Enseñaréle, respondió el doctor, las ocho partes de la oración, la dialéctica, la astrología, la demonología, qué cosa es la sustancia y el accidente, lo abstracto y lo concreto, las monadas y la armonía preestablecida. Pues yo, dijo el segundo, procuraré hacerle justo y digno de tener amigos. Zadig falló: Ora seas o no su padre, tú te casarás con su madre.

Todos los días venían quejas a la corte contra el Itimadulet de Media, llamado Irak, gran potentado, que no era de perversa índole, pero que la vanidad y el deleite le habían

estragado. Raras veces permitía que le hablasen, y nunca que se atreviesen a contradecirle. No son tan vanos los pavones, ni mas voluptuosas las palomas, ni menos perezosos los galápagos; solo respiraba vanagloria y deleites vanos.

Probóse Zadig a corregirle, y le envió de parte del rey un maestro de música, con doce cantores y veinte y cuatro violines, un mayordomo con seis cocineros y cuatro gentiles-hombres, que no le dejaban nunca. Decía la orden del rey que se siguiese puntualísimamente el siguiente ceremonial, como aquí se pone.

El día primero, así que se despertó el voluptuoso Iras, entró el maestro de música acompañado de los cantores y violines, y cantaron una cantata que duró dos horas, y de tres en tres minutos era el estribillo:

¡Cuanto merecimiento! ¡Qué gracia, qué nobleza! ¡Que ufano, que contento Debe estar de sí propio su grandeza!



Concluida la cantata, le recitó un gentil-hombre una arenga que duró tres cuartos de hora, pintándole como un dechado perfecto de cuantas prendas le faltaban; y acabada, le llevaron a la mesa al toque de los instrumentos. Duró tres horas la comida; y así que abría la boca para decir algo, exclamaba el gentil-hombre: Su Excelencia tendrá razón. Apenas decía cuatro palabras; interrumpía el segundo gentil-hombre, diciendo: Su Excelencia tiene razón. Los otros dos soltaban la carcajada en aplauso de los chistes que había dicho o debido decir Iras. Servidos que fueron los postres, se repitió la cantata.

Parecióle delicioso el primer día, y quedó persuadido de que le honraba el rey de reyes conforme a su mérito. El segundo le fue algo menos grato; el tercero estuvo incomodado; el cuarto no le pudo aguantar; el quinto fue un tormento; finalmente, aburrido de oír cantar sin cesar: ¡qué ufano, qué contento déle estar de sí propio su grandeza! de que siempre le dijeran

que tenía razón, y de que le repitieran la misma arenga todos los días a la propia hora, escribió a la corte suplicando al rey que fuese dignado de llamar a sus gentiles-hombres, sus músicos y su mayordomo, prometiendo tener mas aplicación y menos vanidad. Luego gustó menos de aduladores, dio menos fiestas, y fue más feliz; porque, como dice el Sader, sin cesar placeres no son placeres.

#### VII.- Disputas y audiencias.

De este modo acreditaba Zadig cada día su agudo ingenio y su buen corazón; todos le miraban con admiración, y le amaban empero. Era reputado el mas venturoso de los hombres; lleno estaba todo el imperio de su nombre; guiñábanle a hurtadillas todas las mujeres; ensalzaban su justificación los ciudadanos todos; los sabios le miraban como un oráculo, y hasta los mismos magos confesaban que sabia punto mas que el viejo archimago Siara, tan

lejos entonces de formarle cansa acerca de los grifos, que solo se creía lo que a él le parecía creíble.

Reinaba de mil y quinientos años atrás una gran contienda en Babilonia, que tenía dividido el imperio en dos irreconciliables sectas: la una sustentaba que siempre se debía entrar en el templo de Mitras el pié izquierdo por delante; y la otra miraba con abominación semejante estilo, y llevaba siempre el pié derecho delantero. Todo el mundo aguardaba con ansia el día de la fiesta solemne del fuego sagrado, para saber qué secta favorecía Zadig: todos tenían clavados los ojos en sus dos pies; toda la ciudad estaba suspensa y agitada. Entró Zadig en el templo saltando a pie juntillas, y luego en un elocuente discurso hizo ver que el Dios del cielo y la tierra, que no mira con privilegio a nadie, el mismo caso hace del pié izquierdo que del derecho. Dijo el envidioso y su mujer que no había suficientes figuras en su arenga, donde no se veían bailar las montañas ni las

colinas. Decían que no había en ella ni jugo ni talento, que no se vía la mar ahuyentada, las estrellas por tierra, y el sol derretido como cera virgen; por fin, que no estaba en buen estilo oriental. Zadig no aspiraba más que a que fuese su estilo el de la razón. Todo el mundo se declaró en su favor, no porque estaba en el camino de la verdad, ni porque era discreto, ni porque era amable, sino porque era primer visir.

No dio menos feliz cima a otro intrincadísimo pleito de los magos blancos con los negros. Los blancos decían que era impiedad dirigirse al oriente del invierno, cuando los fieles oraban a Dios; y los negros afirmaban que miraba Dios con horror a los hombres que se dirigían al poniente del verano. Zadig mandó que se volviera cada uno hacia donde quisiese.

Encontró medio para despachar por la mañana los asuntos particulares y generales, y lo demás del día se ocupaba en hermosear a

Babilonia. Hacia representar tragedias para llorar, y comedias para reír; cosa que había dejado de estilarse mucho tiempo hacia, y que él restableció, porque era sujeto de gusto fino. No tenia la manía de querer entender más que los pentos en las artes, los cuales los remuneraba con dádivas y condecoraciones, sin envidiar en secreto su habilidad. Por la noche divertía mucho al rey, y más a la reina. Decía el rey: ¡Qué gran ministro! y la reina: ¡Qué amable ministro! y ambos añadían: Lástima fuera que le hubieran ahorcado.

Nunca otro en tan alto cargo se vio precisado a dar tantas audiencias a las damas: las más venían a hablarle de algún negocio que no les importaba, para probarse a hacerle con él. Una de las primeras que se presentó fue la mujer del envidioso, jurándole por Mitras, por Zenda— Vesta, y por el fuego sagrado, que siempre había mirado con detectación la conducta de su marido. Luego le fió que era el tal marido celoso y mal criado, y le dio a

entender que le castigaban los Dioses privándole de los preciosos efectos de aquel sacro fuego, el único que hace a los hombres semejantes a los inmortales; por fin dejó caer una liga. Cogióla Zadig con su acostumbrada cortesanía, pero no se la ató a la dama a la pierna; y este leve yerro, si por tal puede tenerse, fue origen de las desventuras mas horrendas. Zadig no pensó en ello, pero la mujer del envidioso pensó más de lo que decirse puede.

Cada día se le presentaban nuevas damas. Aseguran los anales secretos de Babilonia, que cayó una vez en la tentación, pero que quedó pasmado de gozar sin deleite, y de tener su dama en sus brazos distraído. Era aquella a quien sin pensar dio pruebas de su protección, una camarista de la reina Astarte. Por consolarse decía para sí esta enamorada Babilonia: Menester es que tenga este hombre atestada la cabeza de negocios, pues aun en el lance de gozar de su amor piensa en ellos.

Escapósele a Zadig en aquellos instantes en que los mas no dicen palabra, o solo dicen palabras sagradas, clamar de repente: LA REYNA; y creyó la Babilonia, que vuelto en sí en un instante delicioso le había dicho REYNA MIA. Mas Zadig, distraído siempre, pronunció el nombre de Astarte; y la dama, que en tan feliz situación todo lo interpretaba a su favor, se figuró que quería decir que era más hermosa que la reina Astarte. Salió del serrallo de Zadig habiendo recibido espléndidos regalos, y fue a contar esta aventura a la envidiosa, que era su íntima amiga, la cual quedó penetrada de dolor por la preferencia. Ni siquiera se ha dignado, decía, de atarme esta malhadada liga, que no quiero que me vuelva a servir, ¡Ha, ha! dijo la afortunada a la envidiosa, las mismas ligas lleváis que la reina: ¿las tomáis en la misma tienda? Sumióse en sus ideas la envidiosa, no respondió, y se fue a consultar con el envidioso su marido.

Entretanto Zadig conocía que estaba

distraído cuando daba audiencia, y cuando juzgaba; y no sabía a qué atribuirlo: esta era su única pesadumbre. Soñó una noche que estaba acostado primero encima de unas yerbas secas, entre las cuales había algunas punzantes que le incomodaban; que luego reposaba blandamente sobre un lecho de rosas, del cual salía una sierpe que con su venenosa y acerada lengua le hería el corazón. ¡Ay! decía, mucho tiempo he estado acostado encima de las secas y punzantes yerbas; ahora lo estoy en el lecho de rosas: ¿mas cual será la serpiente?

#### VIII.- Los celos.

De su misma dicha vino la desgracia de Zadig, pero más aun de su mérito. Todos los días conversaba con el rey, y con su augusta esposa Astarte, y aumentaba el embeleso de su conversación aquel deseo de gustar, que, con respecto al entendimiento, es como el arreo a la hermosura; y poco a poco hicieron su mocedad



y sus gracias una impresión en Astarte, que a los principios no conoció ella propia. Crecía esta pasión en el regazo de la inocencia, abandonándose Astarte sin escrúpulo ni recelo al gusto de ver y de oír a un hombre amado de su esposo y del reino entero. Alababásele sin cesar al rey, hablaba de él con sus damas, que ponderaban más aun sus prendas, y todo así ahondaba en su pecho la flecha que no sentía. Hacia regalos a Zadig, en que tenia mas parte el amor de lo que ella se pensaba; y muchas veces, cuando se figuraba que le hablaba como reina, satisfecha se expresaba como mujer enamorada.

Mucho más hermosa era Astarte que la Semira que tanta ojeriza tenia con los tuertos, y que la otra que había querido cortar a su esposo las narices. Con la llaneza de Astarte, con sus tiernas razones de que empezaba a sonrojarse, con sus miradas que procuraba apartar de él, y que en las suyas se clavaban, se encendió en el pecho de Zadig un fuego que a él propio le pasmaba. Combatió, llamo a su auxilio la

filosofía que siempre le había socorrido; pero esta ni alumbró su entendimiento, ni alivió su ánimo. Ofrecíanse ante él, como otros tantos dioses vengadores, la obligación, la gratitud, la majestad suprema violadas: combatía y vencía; pero una victoria a cada instante disputada, le costaba lágrimas y suspiros. Ya no se atrevía a conversar con la reina con aquella serena libertad que tanto a entrambos había embelesado; cúbranse de una nube sus ojos; eran sus razones confusas y mal hiladas; bajaba los ojos; y cuando involuntariamente en Astarte los ponía, encontraba los suyos bañados en lágrimas, de donde salían inflamados rayos. Parece que se decían uno a otro: Nos adoramos, y tememos amarnos; ambos ardemos en un fuego que condenamos. De la conversación de la reina salía Zadig fuera de sí, desatentado, y como abrumado con una caiga con la cual no podía. En medio de la violencia de su agitación, dejó que su amigo Cador columbrara su secreto, como uno que habiendo largo tiempo

aguantado las punzadas de un vehemente dolor, descubre al fin su dolencia por un grito lastimero que vencido de sus tormentos levanta, y por el sudor frío que por su semblante corre.

Díjole Cadour: Ya había yo distinguido los afectos que de vos mismo os esforzabais a ocultar: que tienen las pasiones señales infalibles; y si yo he leído en vuestro corazón, contemplad, amado Zadig, si descubrirá el rey un amor que le agravia; él que no tiene otro defecto que ser el mas celoso de los mortales. Vos resistís a vuestra pasión con más vigor que combate Astarte la suya, porque sois filósofo y sois Zadig. Astarte es mujer, y eso más deja que se expliquen sus ojos con imprudencia que no piensa ser culpada: satisfecha por desgracia con su inocencia, no se cura de las apariencias necesarias. Mientras que no le remuerda en nada la conciencia, tendré miedo de que se pierda. Si ambos estuvieseis acordes, frustraríais los ojos más lince: una pasión en su

cuna y contrarestada rompe afuera; el amor satisfecho se sabe ocultar. Estremeci6se Zadig con la propuesta de engañar al monarca su bienhechor, y nunca fue mas fiel a su príncipe que cuando culpado de un involuntario delito. En tanto la reina repetía con tal frecuencia el nombre de Zadig; colorábanse de manera sus mejillas al pronunciarle; cuando le hablaba delante del rey, estaba unas veces tan animada y otras tan confusa; parábase tan pensativa cuando se iba, que turbado el rey creyó todo cuanto vía, y se figuró lo que no vía. Observó sobre todo que las babuchas de su mujer eran azules, y azules las de Zadig; que los lazos de su mujer eran pajizos, y pajizo el turbante de Zadig: tremendos indicios para un príncipe delicado. En breve se tornaron en su ánimo exasperado en certeza las sospechas.

Los esclavos de los reyes y las reinas son otras tantas espías de sus más escondidos afectos, y en breve descubrieron que estaba Astarte enamorada, y Moabdar celoso.

Persuadió el envidioso a la envidiosa a que enviara al rey su liga que se parecía a la de la reina; y para mayor desgracia, era azul dicha liga. El monarca solo pensó entonces en el modo de vengarse. Una noche se resolvió a dar un veneno a la reina, y a enviar un lazo a Zadig al rayar del alba, y dio esta orden a un despiadado eunuco, ejecutor de sus venganzas. Hallábase a la sazón en el aposento del rey un enanillo mudo, pero no sordo, que dejaban allí como un animalejo doméstico, y era testigo de los mas recónditos secretos. Era el tal mudo muy afecto a la reina y a Zadig, y escuchó con no menos asombro que horror dar la orden de matarlos ambos. ¿Mas cómo haría para precaver la ejecución de tan espantosa orden, que se iba a cumplir dentro de pocas horas? No sabia escribir, pero sí pintar, y especialmente retratar al vivo los objetos. Una parte de la noche la pasó dibujando lo que quería que supiera la reina: representaba su dibujo, en un rincón del cuadro, al rey enfurecido dando

órdenes a su eunuco; en otro rincón una cuerda azul y un vaso sobre una mesa, con unas ligas azules, y unas cintas pajizas; y en medio del cuadro la reina moribunda en brazos de sus damas, y a sus plantas Zadig ahorcado. Figuraba el horizonte el nacimiento del sol, como para denotar que esta horrenda catástrofe debía ejecutarse al rayar de la aurora. Luego que hubo acabado, se fue corriendo al aposento de una dama de Astarte, la despertó, y le dijo por señas que era menester que llevara al instante aquel cuadro a la reina.

Hete pues que a media noche llaman a la puerta de Zadig, le despiertan, y le entregan una esquela de la reina: dudando Zadig si es sueño, rompe el nema con trémula mano. ¡Qué pasmo no fue el suyo, ni quien puede pintar la consternación y el horror que le sobrecogieron, cuando leyó las siguientes palabras! "Huid sin tardanza, o van a quitaros la vida. Huid, Zadig, que yo os lo mando en nombre de nuestro amor, y de mis cintas pajizas. No era culpada,

pero veo que voy a morir delincuente."

Apenas tuyo Zadig fuerza para articular una palabra. Mandó llamar a Cador, y sin decirle nada le dio la esquela; y Cador le forzó a que obedeciese, y a que tomase sin detenerse el camino de Menfis. Si os aventuráis a ir a ver a la reina, le dijo, aceleráis su muerte; y si habláis con el rey, también es perdida. Yo me encargo de su suerte, seguid vos la vuestra: esparciré la voz de que os habéis encaminado hacia la India, iré pronto a buscaros, y os diré lo que hubiere sucedido en Babilonia.

Sin perder un minuto, hizo Cador llevar a una salida excusada de palacio dos dromedarios ensillados de los más andariegos; en uno montó Zadig, que no se podía tener, y estaba a punto de muerte, y en otro el único criado que le acompañaba. A poco rato Cador sumido en dolor y asombro hubo perdido a su amigo de vista.

Llegó el ilustre prófugo a la cima de un collado de donde se descubría a Babilonia, y

clavando los ojos en el palacio de la reina se cayó desmayado. Cuando recobró el sentido, vertió abundante llanto, invocando la muerte. Al fin después de haber lamentado la deplorable estrella de la más amable de las mujeres, y la primera reina del mundo, reflexionando un instante en su propia suerte, dijo: ¡Válgame Dios; y lo que es la vida humana! ¡O virtud, para que me has valido! Indignamente me han engañado dos mujeres; y la tercera, que no es culpada, y es más hermosa que las otras, va a morir. Todo cuanto bien he hecho ha sido un manantial de maldiciones para mí; y si me he visto exaltado al ápice de la grandeza, ha sido para despeñarme en la más honda sima de la desventura. Si como tantos hubiera sido malo, sería, como ellos, dichoso. Abrumado con tan fatales ideas, cubiertos los ojos de un velo de dolor, pálido de color de muerte el semblante, y sumido el ánimo en el abismo de una tenebrosa desesperación, siguió su viaje hacia el Egipto.



## IX.- La mujer aporreada.

Encaminabase Zadig en la dirección de las estrellas, y le guiaban la constelación de Orión y el luciente astro de Sirio hacia el polo de Canopo. Contemplaba admirado estos vastos globos de luz que parecen imperceptibles chispas a nuestra vista, al paso que la tierra que realmente es un punto infinitamente pequeño en la naturaleza, la mira nuestra codicia como tan grande y tan noble. Representábase entonces a los hombres como realmente son, unos insectos que unos a otros se devoran sobre un mezquino átomo de cieno; imagen verdadera que acallaba al parecer sus cuitas, retratándole la nada de su ser y de Babilonia misma. Lanzábase su ánimo en lo infinito, y desprendido de sus sentidos contemplaba el inmutable orden, del universo. Mas cuando luego tornando en sí, y entrando dentro de su corazón, pensaba en Astarte, muerta acaso a

causa de él, todo el universo desaparecía, y no vía mas que a la moribunda Astarte y al malhadado Zadig. Agitado de este flujo y reflujó de sublime filosofía y de acerbo duelo, caminaba hacia las fronteras de Egipto, y ya había llegado su fiel criado al primer pueblo, y le buscaba alojamiento. Paseábase en tanto Zadig por los jardines que ornaban las inmediaciones del lugar, cuando a corta distancia del camino real vio una mujer llorando, que invocaba cielos y tierra en su auxilio, y un hombre enfurecido en seguimiento suyo. Alcanzábala ya; abrazaba ella sus rodillas, y el hombre la cargaba de golpes y denuestos. Por la saña del Egipcio, y los reiterados perdones que le pedía la dama, coligió que él era celoso y ella infiel; pero habiendo contemplado a la mujer, que era una beldad peregrina, y que además se parecía algo a la desventurada Astarte, se sintió movido de compasión en favor de ella, y de horror contra el Egipcio. Socorredme, exclamó la dama a

Zadig entre sollozos, y sacadme de poder del más inhumano de los mortales; libradme la vida. Oyendo estas voces, fue Zadig a interponerse entre ella y este cruel. Entendía algo la lengua egipcia, y le dijo en este idioma: Si tenéis humanidad, ruégoos que respetéis la flaqueza y la hermosura. ¿Cómo agraviáis un dechado de perfecciones de la naturaleza, postrado a vuestras plantas, sin más defensa que sus lágrimas? Ha, ha, le dijo el hombre colérico: ¿con que también tú la quieres? pues en ti me voy a vengar. Dichas estas razones, deja a la dama que tenia asida por los cabellos, y cogiendo la lanza va a pasársela por el pecho al extranjero. Este que estaba sosegado paró con facilidad el encuentro de aquel frenético, agarrando la lanza por junto al hierro de que estaba armada. Forcejando uno por retirarla, y otro por quitársela, se hizo pedazos. Saca entonces el Egipcio su espada, ármase Zadig con la suya, y se embisten uno y otro. Da aquel mil precipitados golpes; páralos este con maña:

y la dama sentada sobre el césped los mira, y compone su vestido y su tocado. Era el Egipcio más forzado que su contrario, Zadig era más mañoso: este peleaba como un hombre que guiaba el brazo por su inteligencia, y aquel como un loco que ciego con los arrebatos de su saña le movía a la aventura. Va Zadig a él, le desarma; y cuando más enfurecido el Egipcio se quiere tirar a él, le agarra, le aprieta entre sus brazos, le derriba por tierra, y poniéndole la espada al pecho, le quiere dejar la vida. Desatinado el Egipcio saca un puñal, y hiere a Zadig, cuando vencedor este le perdonaba; y Zadig indignado le pasa con su espada el corazón. Lanza el Egipcio un horrendo grito, y muere convulso y desesperado, Volvióse entonces Zadig a la dama, y con voz rendida le dijo: Me ha forzado a que le mate; ya estáis vengada, y libre del hombre mas furibundo que he visto: ¿qué queréis, Señora, que haga? Que mueras, infame, replicó ella, que has quitado la vida a mi amante: ¡ojalá pudiera yo

despedazarte el corazón! Por cierto, Señora, respondió Zadig, que era raro sujeto vuestro amante; os aporreaba con todas sus fuerzas, y me quería dar la muerte, porque me habíais suplicado que os socorriese. ¡Pluguiera al cielo, repuso la dama en descompasados gritos, que me estuviera aporreando todavía, que bien me lo tenía merecido, por haberle dado celos! ¡Pluguiera al cielo, repito, que él me aporreara, y que estuvieras tú como él! Más pasmado y más enojado Zadig que nunca en toda, su vida, le dijo: Bien merecierais, puesto que sois linda, que os aporreara yo como él hacia, tanta es vuestra locura; pero no me tomaré ese trabajo. Subió luego en su camello, y se encaminó al pueblo. Pocos pasos había andado, cuando volvió la cara al ruido que metían cuatro correos de Babilonia, que a carrera tendida venían. Dijo uno de ellos al ver a la mujer: Esta misma es, que se parece a las señas que nos han dado; y sin curarse del muerto, echaron mano de la dama. Daba esta gritos a Zadig diciendo:

Socorredme, generoso extranjero; perdonadme si os he agraviado: socorredme, y soy vuestra hasta el sepulcro. Pero a Zadig se le había pasado la manía de pelear otra vez por favorecerla. Para el tonto, respondió, que se descare engañar. Además estaba herido, iba perdiendo la sangre, necesitaba que le diesen socorro; y le asustaba la vista de los cuatro Babilonios despachados, según toda apariencia, por el rey Moabdar. Aguijó pues el paso hacia el lugar, no pudiendo al mar porque venían cuatro coricos de Babilonia a prender a esta Egiptia, pero mas pasmado todavía de la condición de la tal dama.

#### X.- La esclavitud.

Entrando en la aldea egipcia, se vio cercado de gente que decía a gritos: Este es el robador de la hermosa Misuf, y el que acaba de asesinar a Cletofis. Señores, les respondió, líbreme Dios de robar en mi vida a vuestra hermosa Misuf,

que es antojadiza en demasía; y a ese Cletofis no le he asesinado, sino que me he defendido de él, porque me quería matar, por haberle rendidamente suplicado que perdonase a la hermosa Misuf, a quien daba desaforados golpes. Yo soy extranjero, vengo a refugiarme en Egipto; y no es presumible que uno que viene a pedir vuestro amparo, empiece robando a una mujer y asesinando a un hombre.

Eran en aquel tiempo los Egipcios justos y humanos. Condujo la gente a Zadig a la casa de cabildo, donde primero le curaron la herida, y luego tomaron separadamente declaración a él y a su criado para averiguar la verdad, de la cual resultó notorio que no era asesino; pero habiendo derramado la sangre de un hombre, le condenaba la ley a ser esclavo. Vendiéronse en beneficio del pueblo los dos camellos, y se repartió entre los vecinos todo el oro que traía; él mismo fue puesto a pública subasta en la plaza del mercado, junto con su compañero de viaje, y se remató la venta en un mercader

árabe, llamado Setoc; pero como el criado era mas apto para la faena que el amo, fue vendido mucho mas caro, porque no había comparación entre uno y otro. Fue pues esclavo Zadig, y subordinado a su propio criado: atáronlos juntos con un grillete, y en este estado siguieron a su casa al mercader árabe. En el camino consolaba Zadig a su criado exhortándole a tener paciencia, y haciendo, según acostumbraba, reflexiones sobre las humanas vicisitudes. Bien veo que la fatalidad de mi estrella se ha comunicado a la tuya. Hasta ahora todas mis cosas han tomado raro giro: me han condenado a una multa por haber visto pasar una perra; ha estado en poco que me empalaran por un grifo; he sido condenado a muerte por haber compuesto unos versos en alabanza del rey; me he huido a uña de caballo de la horca, porque gastaba la reina cintas amarillas; y ahora soy esclavo contigo, porque un zafio ha aporreado a su dama. Vamos, no perdamos ánimo, que acaso todo esto tendrá



fin: fuerza es que los mercaderes árabes tengan esclavos; ¿y por qué no lo he de ser yo lo mismo que otro, siendo hombre lo mismo que otro? No ha de ser ningún inhumano este mercader; y si quiere sacar fruto de las faenas de sus esclavos, menester es que los trate bien. Así decía, y en lo interior de su corazón no pensaba más que en el destino de la reina de Babilonia.

Dos días después se partió el mercader Setoc con sus esclavos y sus camellos a la Arabia desierta. Residía su tribu en el desierto de Oreb, y era arduo y largo el camino. Durante la marcha hacia Setoc mucho mas aprecio del criado que del amo, y le daba mucho mejor trato porque sabia cargar mas bien los camellos.

Dos jornadas de Oreb murió un camello, y la carga se repartió sobre los hombros de los esclavos, cabiéndole su parte a Zadig. Echóse a reír Setoc, al ver que todos iban encorvados; y se tomó Zadig la libertad de explicarle la razón, enseñándole las leyes del equilibrio. Pasmado

el mercader le empezó a tratar con mas miramiento; y viendo Zadig que había despertado su curiosidad, se la aumentó instruyéndole de varias cosas que no eran ajenas de su comercio; de la gravedad específica de los metales y otras materias en igual volumen, de las propiedades de muchos animales útiles, y de los medios de sacar fruto de los que no lo eran: por fin, le pareció un sabio, y en adelante le apreció en mas que a su camarada que tanto había estimado, le dio buen trato, y le salió bien la cuenta.

Así que llegó Setoc a su tribu, reclamó de un hebreo quinientas onzas de plata que le había prestado a presencia de dos testigos; pero habían muerto ambos, y el hebreo que no podía ser convencido, se guardaba la plata del mercader, dando gracias a Dios porque le había proporcionado modo de engañar a un árabe. Comunicó Setoc el negocio con Zadig de quien había hecho su consejero. ¿Qué condición tiene vuestro deudor? le dijo Zadig. La condición de

un bribón, replicó Setoc. Lo que yo pregunto es si es vivo o flemático, imprudente o discreto. De cuantos malos pagadores conozco, dijo Setoc, es el más vivo. Está bien, repuso Zadig, permitidme que abogue yo en vuestra demanda ante el juez. Con efecto citó al tribunal al hebreo, y habló al juez en estos términos: Almohada del trono de equidad, yo soy venido para reclamar, en nombre de mi amo, quinientas onzas de plata que prestó a este hombre, y que no le quiere pagar. ¿Tenéis testigos? dijo el juez. No, porque se han muerto; mas queda una ancha piedra sobre la cual se contó el dinero; y si gusta vuestra grandeza mandar que vayan a buscar la piedra, espero que ella dará testimonio de la verdad. Aquí nos quedaremos el hebreo y yo, hasta que llegue la piedra, que enviaré a buscar a costa de mi amo Setoc. Me place, dijo el juez; y pasó a despachar otros asuntos.

Al fin de la audiencia dijo a Zadig: ¿Con que no ha llegado esa piedra todavía?

Respondió el hebreo soltando la risa: Aquí se estaría vuestra grandeza hasta mañana, esperando la piedra, porque está más de seis millas de aquí, y son necesarios quince hombres para menearla. Bueno está, exclamó Zadig, ¿no había dicho yo que la piedra daría testimonio? una vez que sabe ese hombre donde está, confiesa que se contó el dinero sobre ella. Confuso el hebreo se vio precisado a declarar la verdad, y el juez mandó que le pusiesen atado a la piedra, sin comer ni beber, hasta que restituyese las quinientas onzas de plata que pagó al instante; y el esclavo Zadig y la piedra se granjearon mucha reputación en toda la Arabia.

#### XI.- La hoguera.

Embelesado Setoc hizo de su esclavo su más íntimo amigo, y no podía vivir sin él, como había sucedido al rey de Babilonia: fue la fortuna de Zadig que Setoc no era casado.

Descubrió este en su amo excelente índole, mucha rectitud y una sana razón, y sentía ver que adorase el ejército celestial, quiero decir el sol, la luna y las estrellas, como era costumbre antigua en la Arabia; y le hablaba a veces de este culto, aunque con mucha reserva. Un día por fin le dijo que eran unos cuerpos como los demás, y no más acreedores a su veneración que un árbol o un peñasco. Sí tal, replicó Setoc, que son seres eternos que nos hacen mil bienes, animan la naturaleza, arreglan las estaciones; aparte de que distan tanto de nosotros que no es posible menos de reverenciarlos. Mas provecho sacáis, respondió Zadig, de las ondas del mar Rojo, que conduce vuestros géneros a la India: ¿y por qué no ha de ser tan antiguo como las estrellas? Si adoráis lo que dista de vos, también habéis de adorar la tierra de los Gangaridas, que está al cabo del mundo. No, decía Setoc; mas el brillo de las estrellas es tanto, que es menester adorarlas. Aquella noche encendió Zadig muchas hachas en la tienda

donde cenaba con Setoc; y luego que se presentó su amo, se hincó de rodillas ante los cirios que ardían, diciéndoles: Eternas y brillantes lumbreras, sedme propicias. Pronunciadas estas palabras, se sentó a la mesa sin mirar a Setoc. ¿Qué hacéis? le dijo este admirado. Lo que vos, respondió Zadig; adoro esas luces, y no hago caso de su amo y mío. Setoc entendió lo profundo del apólogo, albergó en su alma la sabiduría de su esclavo, dejó de tributar homenaje a las criaturas, y adoró el Ser eterno que las ha formado.

Reinaba entonces en la Arabia un horroroso estilo, cuyo origen venia de la Escitia, y establecido luego en las Indias a influjo de los bracmanes, amenazaba todo el Oriente. Cuando moría un casado, y quería ser santa su cara esposa, se quemaba públicamente sobre el cadáver de su marido, en una solemne fiesta, que llamaban la hoguera de la viudez; y la tribu más estimada era aquella en que más mujeres se quemaban. Murió un árabe de la tribu de

Setoc, y la viuda, por nombre Almona, persona muy devota, anunció el día y la hora que se había de tirar al fuego, al son de tambores y trompetas. Representó Zadig a Setoc cuán opuesto era tan horrible estilo al bien del humano linaje; que cada día dejaban quemar a viudas mozas que podían dar hijos al estado, o criar a lo menos los que tenían; y convino Setoc en que era preciso hacer cuanto para abolir tan inhumano estilo fuese posible. Pero añadió luego: Mas de mil años ha que están las mujeres en posesión de quemarse vivas. ¿Quién se ha de atrever a mudar una ley consagrada por el tiempo? ¿Ni qué cosa hay más respetable que un abuso antiguo? Mas antigua es todavía la razón, replicó Zadig; hablad vos con los caudillos de las tribus, mientras yo voy a verme con la viuda moza.

Presentóse a ella; y después de hacerse buen lugar encareciendo su hermosura, y de haberle dicho cuán lastimosa cosa era que tantas perfecciones fuesen pasto de las llamas,

también exaltó su constancia y su esfuerzo. ¿Tanto queríais a vuestro marido? le dijo. ¿Quererle? no por cierto, respondió la dama árabe: si era un zafio, un celoso, hombre inaguantable; pero tongo hecho propósito firme de tirarme a su hoguera. Sin duda, dijo Zadig, que debe ser un gusto exquisito esto de quemarse viva. Ha, la naturaleza se estremece, dijo la dama, pero no tiene remedio. Soy devota, y perdería la reputación que por tal he granjeado, y todos se reirían de mí si no me quemara. Habiéndola hecho confesar Zadig que se quemaba por el que dirán y por mera vanidad, conversó largo rato con ella, de modo que le inspiró algún apego a la vida, y cierta buena voluntad a quien con ella razonaba, ¿Qué hicierais, le dijo en fin, si no estuvierais poseída de la vanidad de quemaros? Ha, dijo la dama, creo que os brindaría con mi mano. Lleno Zadig de la idea de Astarte, no respondió a esta declaración, pero fue al punto a ver a los caudillos de las tribus, y les contó lo sucedido,



aconsejándoles que promulgaran una ley por la cual no sería permitido a ninguna viuda quemarse antes de haber hablado a solas con un mancebo por espacio de una hora entera; y desde entonces ninguna dama se quemó en toda Arabia, debiéndose así a Zadig la obligación de ver abolido en solo un día estilo tan cruel, que reinaba tantos siglos había: por donde merece ser nombrado el bienhechor de la Arabia.

## XII.- La cena.

No pudiendo Setoc apartarse de este hombre en quien residía la sabiduría, le llevó consigo a la gran feria de Basora, donde se juntaban los principales traficantes del globo habitable. Zadig se alegró mucho viendo en un mismo sitio juntos tantos hombres de tan varios países, y le pareció que era el universo una vasta familia que se hallaba reunida en Basora. Comió el segundo día a la misma mesa con un

Egipcio, un Indio gangarida, un morador del Catay, un Griego, un Celta, y otra muchedumbre de extranjeros, que en sus viajes frecuentes al seno Arábigo habían aprendido el suficiente árabe para darse a entender. El Egipcio no cabía en sí de enojo. ¡Qué abominable país es Basora! mil onzas de oro no me han querido dar sobre la alhaja mas preciosa del mundo. ¿Cómo así? dijo Setoc; ¿sobre qué alhaja? Sobre el cuerpo de mi tía, respondió el Egipcio, la más honrada mujer de Egipto, que siempre me acompañaba, y se ha muerto en el camino; he hecho de ella una de las más hermosas momias que pueden verse, y en mi tierra encontraría todo cuanto dinero pidiese sobre esta prenda. Buena cosa es que no me quieran dar siquiera mil onzas de oro, empeñando un efecto de tanto precio. Lleno de furor todavía iba a comerse la pechuga de un excelente pollo guisado, cuando cogiéndole el Indio de la mano, le dijo en tono compungido: Ha ¿qué vais a hacer? A comer de ese pollo, le

respondió el hombre de la momia. No hagáis tal, replicó el Gangarida, que pudiera ser que hubiese pasado el alma de la difunta al cuerpo de este pollo, y no os habéis de aventurar a comerlos a vuestra tía. Guisar los pollos es un agravio manifiesto contra la naturaleza. ¿Qué nos traéis aquí con vuestra naturaleza, y vuestros pollos? repuso el iracundo Egipcio: nosotros adoramos un buey, y comemos vaca. ¡Un buey adoráis! ¿Es posible? dijo el hombre del Ganges. ¿Y cómo si es posible? continuó el otro: ciento treinta y cinco mil años ha que así lo hacemos, y nadie entre nosotros lo lleva a mal. Ha, en eso de ciento treinta y cinco mil, dijo el Indio, hay su poco de ponderación, porque no ha mas de ochenta mil que está poblada la India, y nosotros somos los mas antiguos; y Brama nos había prohibido que nos comiéramos a los bueyes, antes que vosotros los pusierais en los altares y en las parrillas. Valiente animal es vuestro Brama comparado con Apis, dijo el Egipcio; ¿qué cosas tan

portentosas ha hecho ese Brama? El brahmán le replicó: ha enseñado a los hombres a leer y escribir, y la tierra le debe el juego de ajedrez. Estáis equivocado, dijo un Caldeo que a su lado estaba; el pez Oanes es el autor de tan señalados beneficios, y a él solo se le debe de justicia tributar homenaje. Todo el mundo sabe que era un ser divino, que tenía la cola de oro, y una cabeza humana muy hermosa, y salía del mar para predicar en la tierra tres horas al día. Tuvo muchos hijos, que todos fueron reyes, como es notorio. En mi casa tengo su imagen, y la adoro como es debido. Lícito es comer vaca hasta no querer más, pero es acción impía sobre manera guisar pescado. Dejando esto aparte, ambos sois de origen muy bastardo y reciente, y no podéis disputar conmigo. La nación egipcia no pasa de ciento treinta y cinco mil años, y los Indios no se dan arriba de ochenta mil, mientras que conservamos nosotros calendarios de cuatro mil siglos. Creedme, y dejaos de desatinos, y os daré a cada uno una

efigie muy hermosa de Oanes. Tomando entonces la palabra el hombre de Cambalu, dijo: Mucho respeto a los Egipcios, a los Caldeos, a los Griegos, a los Celtas, a Brama, al buey Apis, y al hermoso pez Oanes; pero el Li o el Tien, como le quieran llamar [P. D.: Voces chinas, que quieren decir Li, la luz natural, la razón; y Tien, el cielo; y también significan a Dios.], no valen menos acaso que los bueyes y los peces. No mentaré mi país, que es tamaño como el Egipto, la Caldea y las Indias juntas, ni disputare acerca de su antigüedad, porque lo que importa es ser feliz, y sirve de poco ser antiguo; pero si se trata de almanaques, diré que en toda el Asia corren los nuestros, y que los poseíamos aventajados, antes que supieran los Caldeos la aritmética.

Todos sois unos ignorantes, todos sin excepción, exclamó el Griego. ¿Pues qué, no sabéis que el padre de todo es el caos, y que el estado en que vemos el mundo es obra de la forma y la materia? Habló el tal Griego largo

rato, hasta que le interrumpió el Celta, el cual había bebido mientras que altercaban los demás, y que creyéndose entonces más instruido que todos, dijo echando por vidas, que solo Teutates y las agallas de roble merecían mentarse; que él llevaba siempre agallas en el bolsillo; que sus ascendientes los Escitas eran los únicos sujetos honrados que había habido en el universo, puesto que de verdad comían a veces carne humana, pero que eso no quitaba que fuesen una nación muy respetable; por fin, que si alguien decía mal de Teutates, él le enseñaría a no ser mal hablado. Encendiéndose entonces la contienda, y vio Setoc la hora en que se iba a ensangrentar la mesa. Zadig, que no había desplegado los labios durante la altercación, se levantó, y dirigiéndose primero al Celta, que era el más furioso, le dijo que tenía mucha razón, y le pidió agallas; alabó luego la elocuencia del Griego, y calmó todos los ánimos irritados. Poco dijo al del Catay, que había hablado con

más juicio que los demás; y al cabo se explicó así: Amigos míos, ibais a enojaros sin motivo, porque todos sois del mismo dictamen. Todos se alborotaron al oír tal. ¿No es verdad, dijo al Celta, que no adoráis esta agalla, mas sí al que crió el roble y las agallas? Así es la verdad, respondió el Celta. Y vos, Señor Egipcio, de presumir es que en un buey tributáis homenaje al que os ha dado los bueyes. Eso es, dijo el Egipcio. El pez Oanes, continuó, le debe ceder a aquel que formó la mar y los peces. Estamos conformes, dijo el Caldeo. El Indio y el Catayés reconocen igualmente que vosotros, añadió, un principio primitivo. No he entendido muy bien las maravillosas lindezas que ha dicho el Griego, pero estoy cierto de que también admite un ser superior del cual depende la forma y la materia. El Griego, que se vía celebrado, dijo que Zadig había comprendido perfectamente su idea. Con que todos estáis conformes, repuso Zadig, y no hay motivo de contienda. Abrazóle todo el mundo; y Setoc,

después de haber vendido muy caros sus géneros, se volvió con su amigo Zadig a su tribu. Así que llegó, supo Zadig que se le había formado causa en su ausencia, y que le iban a quemar vivo.

### XIII.- Las citas.

Mientras este viaje a Basora, concertaron los sacerdotes de las estrellas el castigo de Zadig. Pertenecíanles por derecho divino las piedras preciosas y demás joyas de las viudas mozas que morían en la hoguera; y lo menos que podían hacer con Zadig era quemarle por el flaco servicio que les había hecho. Acusáronle por tanto de que llevaba opiniones erróneas acerca del ejército celestial, y declararon con juramento solemne que le habían oído decir que las estrellas no se ponían en la mar. Estremeciéronse los jueces de tan horrenda blasfemia; poco faltó para que rasgaran sus vestiduras al oír palabras tan



impías, y las hubieran rasgado sin duda, si hubiera tenido Zadig con que pagarlas; mas se moderaron en la violencia de su dolor, y se ciñeron a condenar al reo a ser quemado vivo. Desesperado Setoc usó todo su crédito para librar a su amigo, pero en breve le impusieron silencio. Almona, la viuda moza que había cobrado mucha afición a la vida, y se la debía a Zadig, se resolvió a sacarle de la hoguera, que como tan abusiva se la había él presentado; y formando su plan en su cabeza, no dio parte de él a nadie. Al otro día iba a ser ajusticiado Zadig: solamente aquella noche le quedaba para libertarle, y la aprovechó como mujer caritativa y discreta.

Sahumóse, atildóse, aumentó el lucimiento de su hermosura con el mas bizarro y pomposo traje, y pidió audiencia secreta al sumo sacerdote de las estrellas. Así que se halló en presencia de este venerable anciano, le habló de esta manera: Hijo primogénito de la Osa mayor, hermano del toro, primo del can celeste

(que tales eran los dictados de este pontífice), os vengo a fiar mis escrúpulos. Mucho temo haber cometido un gravísimo pecado no quemándome en la hoguera de mi amado marido. Y en efecto, ¿qué es lo que he conservado? una carne perecedera, y ya marchita. Al decir esto, sacó de unos luengos mitones de seda unos brazos de maravillosa forma, y de la blancura del más puro alabastro. Ya veis, dijo, cuan poco vale todo esto. Al pontífice se le figuró que esto valía mucho: aseguráronlo sus ojos, y lo confirmó su lengua, haciendo mil juramentos de que no había en toda su vida visto tan hermosos brazos. ¡Ay! dijo la viuda, acaso los brazos no son tan malos; pero confesad que el pecho no merece ser mirado. Diciendo esto, desabrochó el más lindo seno que pudo formar naturaleza; un capullo de rosa sobre una bola de marfil parecía junto a él un poco de rubia que colora un palo de box, y la lana de los albos corderos que salen de la alberca era amarilla a su lado. Este pecho, dos

ojos negros rasgados que suaves y muelles de amoroso fuego brillaban, las mejillas animadas en púrpura con la mas cándida leche mezclada, una nariz que no se semejaba a la torre del monte Líbano, sus labios que así se parecían como dos hilos de coral que las mas bellas perlas de la mar de Arabia ensartaban; todo este conjunto en fin persuadió al viejo a que se había vuelto a sus veinte años. Tartamudo declaró su amor; y viéndole Almona inflamado, le pidió el perdón de Zadig. ¡Ay! respondió él, hermosa dama, con toda mi ánima se le concediera, mas para nada valdría mi indulgencia, porque es menester que firmen otros tres de mis colegas. Firmad vos una por una, dijo Almona, Con mucho gusto, respondió el sacerdote, con la condición de que sean vuestros favores premio de mi condescendencia. Mucho me honráis, replicó Almona; pero tomaos el trabajo de venir a mi cuarto después de puesto el sol, cuando raye sobre el horizonte la luciente estrella de Scheat;

en un sofá color de rosa me hallaréis, y haréis con vuestra sierva lo que fuere de vuestro agrado. Salió sin tardanza con la firma, desando al viejo no menos que enamorado desconfiándose de sus fuerzas; el cual lo restante del día lo gastó en bañarse, y bebió un licor compuesto con canela de Ceylan y con preciosas especias de Tidor y Tornate, aguardando con ansia que saliese la estrella de Scheat.

En tanto la hermosa Almona fue a ver al segundo pontífice, que le dijo que comparados con sus ojos eran fuegos fatuos el sol, la luna, y todos los astros del firmamento. Solicitó ella la misma gracia, y él le propuso el mismo premio. Dejóse vencer Almona, y citó al segundo pontífice para cuando nace la estrella Algenib. Fue de allí a casa del tercero y cuarto sacerdote, llevándose de cada uno su firma, y citándolos de estrella a estrella. Avisó entonces a los jueces que vinieran a su casa para un asunto de la mayor gravedad. Fueron en efecto, y ella les

enseñó las cuatro firmas, y les dio parte del precio a que habían vendido los sacerdotes el perdón de Zadig. Llegó cada uno a la hora señalada, y quedó pasmado de encontrarse con sus colegas, y todavía más con los jueces que fueron testigos de su ignominia. Fue puesto en libertad Zadig, y Setoc tan prendado de la maña de Almona, que la tomó por su mujer propia.

#### XIV.- El baile.

Tenia que ir Setoc para negocios de su tráfico a la isla de Serendib; pero el primer mes de casados, que, como ya llevamos dicho, es la luna de miel, no le dejó ni separarse de su mujer, ni aun presumir que podría separarse un día de ella. Rogó por tanto a su amigo Zadig que hiciera por el este viaje. ¡Ay! decía Zadig: ¿con que aun he de poner más tierra entre la hermosa Astarte y yo? Pero es fuerza que sirva a mis bienhechores. Así dijo, lloró, y se partió.

A poco tiempo de haber aportado a la isla de Serendib, era tenido por hombre muy superior. Escogieronle los negociantes por su árbitro, los sabios por su amigo, y el corto número de aquellos que piden consejo por su consejero. Quiso el rey verle y oírle, y conoció en breve cuanto valía Zadig; se fió de su discreción, y le hizo amigo suyo. Temblaba Zadig de la llaneza y la estimación con que le trataba el rey, pensando de noche y de día en las desventuras que le había acarreado la amistad de Moabdar. El rey me quiere, decía; ¿seré un hombre perdido? Con todo no se podía zafar de los halagos de su majestad, porque debemos confesar que era uno de los más cumplidos príncipes del Asia Nabuzan, rey de Serendib, hijo de Nuzanah, hijo de Nabuzan, hijo de Sambusna; y era difícil que a quien le trataba, de cerca no le prendase.

Sin cesar elogiaban, engañaban y robaban a este buen príncipe; y cada cual metía la mano como a porfía en el erario. El principal ministro

de hacienda de la isla de Serendib daba este precioso ejemplo, y todos los subalternos le imitaban con fervor. El rey, que lo sabia, había mudado varias veces de ministro, pero nunca había podido mudar el estilo admitido de dividir las rentas reales en dos partes desiguales; la más pequeña para su majestad, y la mayor para sus administradores.

Fió el buen rey Nabuzan su cuita del sabio Zadig. Vos que tantas cosas sabéis, le dijo, ¿no sabríais modo para que tope yo con un tesorero que no me robe? Sí por cierto, respondió Zadig; un modo infalible sé de buscaros uno que tenga las manos limpias. Contentísimo el rey le preguntó, dándole un abrazo, como haría. No hay mas, replicó Zadig, que hacer bailar a cuantos pretenden la dignidad de tesorero; y el que con más ligereza bailare, será infaliblemente el más hombre de bien. Os estáis burlando, dijo el rey: ¡donoso modo por cierto de elegir un ministro de hacienda! ¿Con que el que mas listo fuere para dar cabriolas en el aire

ha de ser el mas integro y mas hábil administrador? No digo yo que haya de ser el más hábil, replicó Zadig, pero lo que sí aseguro es que indubitablemente ha de ser el más honrado. Tanta era la confianza con que lo decía Zadig, que se persuadió el rey a que poseía algún secreto sobrenatural para conocer a los administradores. Yo no gusto de cosas sobrenaturales, dijo Zadig, ni he podido nunca llevar en paciencia ni los hombres que hacen milagros, ni los libros que los mentan: y si quiere vuestra majestad permitir que haga la prueba, quedará convencido de que mi secreto es tan fácil como sencillo. Más se pasmó Nabuzan, rey de Serendib, al oír que era sencillo el secreto, que si le hubiera dicho que era milagroso. Está bien, le dijo, haced lo que os parezca. Dejadlo estar, que ganaréis con esta prueba más de lo que pensáis. Aquel mismo día mandó pregonar en nombre del rey, que todos cuantos aspiraban al empleo de principal ministro de las rentas de su sacra majestad



Nabuzan, hijo de Nuzanab, viniesen con vestidos ligeros de seda a la antecámara del rey, el primer día de la luna del cocodrilo. Acudieron en número de sesenta y cuatro. Estaban los músicos en una sala inmediata, y dispuesto todo para un baile; pero estaba cerrada la puerta de la sala, y para entrar en ella había que atravesar una galería bastante obscura. Vino un hujier a conducir uno tras de otro a cada candidato por este pasadizo, donde le dejaba solo algunos minutos. El rey que estaba avisado, había hecho poner todos sus tesoros en la galería. Cuando llegaron los pretendientes a la sala, mandó su majestad que bailaran, y nunca se habían visto bailarines más topos ni con menos desenvoltura; todos andaban la cabeza baja, las espaldas corvas, y las manos pegadas al cuerpo. ¡Qué bribones! decía en voz baja Zadig. Uno solo hacia con agilidad las mudanzas, levantada la cabeza, sereno el mirar, derecho el cuerpo, y firmes las rodillas. ¡Qué hombre tan de bien, qué honrado

sujeto! dijo Zadig. Dio el rey un abrazo a este buen bailarín, y le nombró su tesorero: todos los demás fueron justamente castigados y multados, porque mientras que habían estado en la galería, había llenado cada uno sus bolsillos, y apenas podía dar pasó. Compadecióse el rey de la humana naturaleza, contemplando que de sesenta y cuatro bailarines los sesenta y tres eran ladrones rateros, y se dio a la galería obscura el título de corredor de la tentación. En Persia hubieran empalado a los sesenta y tres magnates; en otros países, hubieran nombrado un juzgado, que hubiera consumido en costas el triple del dinero robado, y no hubiera puesto un maravedí en las arcas reales; en otros, se hubieran justificado plenamente, y hubiera caído de la gracia el ágil bailarín: en Serendib fueron condenados a aumentar el fisco, porque era Nabuzan muy elemento.

No era menos agradecido, y dio a Zadig una suma más cuantiosa que nunca había

robado tesorero ninguno al rey su amo. Valióse de este dinero Zadig para enviar a Babilonia expresos que le informaran de la suerte de Astarte. Al dar esta orden le tembló la voz, se le agolpó la sangre hacia el corazón, se cubrieron de un tenebroso velo sus ojos, y se paró a punto de muerte. Partiósese el correo, viole embarcar Zadig, y se volvió a palacio, donde sin ver a nadie, y creyendo que estaba en su aposento, pronunció el nombre de amor. Si, el amor, dijo el rey; de eso justamente se trata, y habéis adivinado la causa de mi pena. ¡Qué grande hombre sois! Espero que me enseñéis a conocer una mujer firme, como me habéis hecho hallar un tesorero desinteresado. Volviendo en sí Zadig le prometió servirle en su amor como había hecho en real hacienda, aunque parecía la empresa más ardua todavía.

XV.- Los ojos azules.

Mi cuerpo y mi corazón, dijo el rey a

Zadig... Oyendo estas palabras no pudo menos el Babilonio de interrumpir a su majestad, y de decirle: ¡Cuanto celebro que no hayáis dicho mi alma y mi corazón!, porque no oímos mas voces que estas en las conversaciones de Babilonia, ni leemos libros que no traten del corazón y el alma, escritos por autores que ni uno ni otra tienen; pero perdonadme, Señor, y proseguid. Nabuzan continuó: Mi cuerpo y mi corazón son propensos al amor; a la primera de estas dos potencias le sobran satisfacciones, que tengo cien mujeres a mi disposición, hermosas todas, complacientes, obsequiosas, y voluptuosas, o fingiendo que lo son conmigo. No es empero mi corazón tan afortunado, porque tengo sobrada experiencia de que el halagado es el rey de Serendib, y que hacen poquísimo aprecio de Nabuzan. No por eso digo que sean infieles mis mujeres, puesto que quisiera encontrar una que me quisiera por mí propio, y diera por ella las cien beldades que poseo. Decidme si en mis cien sultanas hay una

que de veras me quiera.

Respondióle Zadig lo mismo que acerca del ministro de hacienda. Señor, dejadlo a mi cargo; pero permitidme primero que disponga de todas las riquezas que se expusieron en la galería de la tentación, y no dudéis de que os daré buena cuenta de ellas, y no perderéis un ardite. Dióle el rey amplias facultades, y escogió Zadig treinta y tres jorobados de los más feos de Serendib, treinta y tres pajes de los más lindos, y treinta y tres de los más elocuentes y forzudos bonzos. Dejóles a todos facultad de introducirse en los retretes de las sultanas; dio a cada jorobado cuatro mil monedas de oro que regalar, y el primer día fueron todos felices. Los pajes que no tenían otra dádiva que hacer que la de su persona, tardaron dos o tres días en conseguir lo que solicitaban; y tuvieron mas dificultad en salir non la suya los bonzos; pero al cabo se les rindieron treinta y tres devotas. Presenció el rey todas estas pruebas por unas celosías que

daban en los aposentos de las sultanas, y se quedó atónito, que de sus cien mujeres las noventa y nueve se rindieron a su presencia. Quedaba una muy joven y muy novicia, a la cual nunca había tocado su majestad: arrimáronse a ella uno, dos y tres jorobados, ofreciéndole hasta veinte mil monedas; pero se mantuvo incorruptible, riéndose de la idea de los jorobados que creían que su dinero los hacía mas bonitos. Presentáronse los dos mas lindos pajes, y les dijo que le parecía el rey mas lindo. Acometióla luego el bonzo más elocuente, y después el más intrépido: al primero le trató de parlanchín, y no pudo entender cual fuese el mérito del segundo. Todo se cifra en el corazón, dijo: yo no he de ceder ni al oro de un jorobado, ni a la hermosura de un paje, ni a las artes de un bonzo; ni he de querer a nadie mas que a Nabuzan; hijo de Nuzanab, esperando a que él me corresponda. Quedó el rey embargado en júbilo, cariño y admiración. Volvió a tomar todo el dinero con que habían comprado los

jorobados su buena ventura, y se le regaló a la hermosa Falida, que así se llamaba esta beldad. Dile con él su corazón, que merecía de sobra, porque nunca se vio juventud más brillante y más florida que la suya, nunca hermosura que mas digna de prender fuese. Verdad es que no calla la historia que hacia mal una cortesía; pero confiesa que bailaba como las hadas, cantaba como las sirenas, y hablaba como las Gracias, y estaba colmada de habilidades y virtud.

Adorábala el amado Nabuzan; pero tenia Falida ojos azules, lo cual causó las mas funestas desgracias. Estaba prohibido por una antigua ley de Serendib, que se enamoraran de una de las mujeres que llamaron luego los Griegos BOOPES; y hacia mas de cinco mil años que había promulgado esta ley el sumo bonzo, por apropiarse para sí la dama del primer rey de la isla de Serendib; de suerte que el anatema de los ojos azules se había hecho ley fundamental del estado. Todas las clases del estado hicieron enérgicas representaciones a

Nabuzan; y públicamente se decía que era llegada la fatal catástrofe del reino, que estaba colmada la medida de la abominación, que un siniestro suceso amenazaba la naturaleza; en una palabra, que Nabuzan, hijo de Nuzanab, estaba enamorado de dos ojos azules rasgados. Los jorobados, los bonzos, los asentistas, y las ojinegras inficionaron de malcontentos el reino entero.

El descontento universal animó a los pueblos salvajes que viven al norte de Serendib a invadir los estados del buen Nabuzan. Pidió subsidios a sus vasallos, y los bonzos que eran dueños de la mitad de las rentas del estado, se contentaron con levantar las manos al cielo, y se negaron a llevar su dinero al erario para sacar de ahogo al rey. Cantaron lindas oraciones en música, y dejaron que los bárbaros asolaran el estado.

Querido Zadig, ¿me sacarás de este horrible apuro? le dijo en lastimoso tono Nabuzan. Con mucho gusto, respondió Zadig;



los bonzos os darán cuanto dinero queráis. Abandonad las tierras donde tienen levantados sus palacios, y no defendáis mas que las vuestras. Hízolo así Nabuzan; y cuando vinieron los bonzos a echarse a sus plantas, implorando su asistencia, les respondió el rey con una soberbia música cuya letra eran oraciones al cielo, rogando por la conservación de sus tierras. Entonces los bonzos dieron dinero, y se concluyó con felicidad la guerra. De esta suerte por sus prudentes y dichosos consejos, y por los mas señalados servicios, se había acarreado Zadig la irreconciliable enemiga de los mas poderosos del estado: juraron su pérdida los bonzos y las ojinegras, desacreditáronle jorobados y asentistas, y le hicieron sospechoso al buen Nabuzan. Los servicios que el hombre hace se quedan en la antesala, y las sospechas penetran al gabinete, según dice Zoroastro. Todos los días eran acusaciones nuevas; la primera se repele, la segunda hace mella, la tercera hiere, y la cuarta

mata.

Asustado Zadig, que había puesto en auge los asuntos de su amigo, y enviándole su dinero, no pensó más que en partirse de la isla, y en ir a saber en persona noticias de Astarte; porque si permanezco en Serendib, decía, me harán empalar los bonzos. ¿Pero adonde iré? en Egipto seré esclavo, en Arabia según las apariencias quemado, y ahorcado en Babilonia. Con todo menester es saber qué ha sido de Astarte: partámonos, y apuremos lo que me destina mi suerte fatal.

XVI.- El bandolero.

Al llegar a las fronteras que separan la Arabia pétrea de la Siria, y al pasar por junto a un fuerte castillo, salieron de él unos Árabes armados. Vióse rodeado de hombres que le gritaban: Ríndete; todo cuanto traes es nuestro, y tu persona pertenece a nuestro amo. En respuesta sacó Zadig la espada; lo mismo hizo

su criado que era valiente, y dejaron sin vida a los primeros Árabes que los habían embestido: dobló el número de enemigos, mas ellos no se desalentaron, y se resolvieron a morir en la pelea. Veíanse dos hombres que se defendían contra una muchedumbre; tan desigual contienda poco podía durar. Viendo desde una ventana el dueño del castillo, que se llamaba Arbogad, los portentos de valor que hacia Zadig, le cobró estimación. Bajó por tanto, y vino en persona a contener a los suyos, y librar a los dos caminantes. Cuanto por mis tierras pasa es mío, dijo, no menos que lo que en tierras ajenas encuentro; pero me parecéis tan valeroso, que os eximo de la común ley. Hízole entrar en el castillo, mandando a su tropa que le tratase bien; y aquella noche quiso cenar con Zadig.

Era el amo de este castillo uno de aquellos Árabes que llaman ladrones, el cual entre mil atrocidades solía hacer alguna acción buena; robaba con una furiosa rapacidad, y daba con

prodigalidad: intrépido en una acción, de buen genio en el trato de la vida, bebedor en la mesa, de buen humor cuando había bebido, y sobretodo sin solapa ninguna. Gustóle mucho Zadig, y con la conversación que se animó duró mucho el banquete. Díjole en fin Arbogad: Aconsejoos que toméis partido conmigo, no podéis hacer cosa mejor; no es tan malo el oficio, y un día podéis llegar a ser lo que yo soy. ¿Se puede saber, respondió Zadig, desde cuando ejercitáis tan hidalga profesión? Desde niño, replicó el señor. Era criado de un Árabe muy hábil, y no podía acostumbrarme a mi estado, desesperado de ver que perteneciendo igualmente la tierra a todos, no me hubiera cabido a mí la porción correspondiente. Fiéle mi pena a un Árabe viejo, el cual me dijo: Hijo mío, no te desesperes; sábetete que en tiempos antiguos había un grano de arena que se dolía de ser un átomo desconocido en un desierto; andando años, se convirtió en diamante, y es hoy el mas precioso joyel de la corona del rey

de las Indias. Dióme tanto golpe esta respuesta, que siendo grano de arena me determiné a volverme diamante. Robé primero dos caballos, me junté con otros compañeros, púseme en breve en estado de robar caravanas poco crecidas; y así fue disminuyéndose la desproporción que de mí a los demás había. Participé de los bienes de este mundo, y me resarcí con usura: tuviéronme en mucho, llegué a ser señor bandolero, y gané este castillo tomándole por fuerza. Quiso quitármele el sátrapa de Siria, pero era ya tan rico que nada tenía que temer: di dinero al sátrapa, y conservé así el castillo, y agrandé mis tierras, añadiendo a ellas el cargo que me confirió el sátrapa de tesorero de los tributos que pagaba la Arabia pétrea al rey de reyes. Yo hice las cobranzas, y me exime de hacer pagos.

Envió aquí el gran Desterham de Babilonia, en nombre del rey Moabdar, a un satrapilla para mandarme ahorcar. Cuando él llegó con la orden, estaba yo informado de todo; hice

ahorcar en su presencia las cuatro personas que traía consigo para apretarme el lazo al cuello, y le pregunté luego cuanto le podía valer la comisión de ahorcarme. Respondióme que podría su gratificación subir a trescientas monedas de oro, y yo le hice ver con evidencia que ganaría mas conmigo: le creé bandolero inferior, y hoy es uno de los mejores y mas ricos oficiales que tengo; y si me queréis creer, haréis vos lo mismo. Nunca ha corrido tiempo mejor para robar, desde que ha sido muerto Moabdar, y que anda en Babilonia todo alborotado. ¡Moabdar ha sido muerto! dijo Zadig: ¿y que se ha hecho la reina Astarte? Yo no lo sé, replicó Arbogad; lo que sí sé, es que Moabdar se volvió loco, que fue muerto, que Babilonia esta hecha una cueva de ladrones, todo el imperio en la desolación, que se pueden dar buenos golpes, y que yo por mi parte he dado algunos ballantes. Pero la reina, dijo Zadig, ¿por vida vuestra nada sabéis de la suerte de la reina? De un príncipe de Hircania

me han hablado, replicó; es de presumir que sea una de sus concubinas, a menos que en el alboroto la hayan muerto; pero a mí lo que me importa es averiguar donde hay que robar, y no noticias. Muchas mujeres he cogido en mis correrías, pero a ninguna conservo; cuando son bonitas, las vendo caras, sin informarme de lo que son, porque nadie compra la dignidad, y para una reina fea no se encuentra despacho. Posible es que haya yo vendido a la reina Astarte, y posible es que haya muerto; poco me importa, y me parece que tampoco debe de importaros mucho a vos. Diciendo esto bebía con tanto aliento, y de tal manera confundía las ideas todas, que no pudo Zadig sacar de él cosa ninguna mas.

Estaba confuso, pensativo y sin movimiento, mientras que bebía Arbogad y contaba mil historietas, repitiendo sin cesar que era el más venturoso de los hombres, y exhortando a Zadig a que fuera tan dichoso como él era. Finalmente embargados los

sentidos con los vapores del vino, se fue a dormir un sosegado sueño. Zadig pasó aquella noche en la más violenta zozobra. ¡Con que se ha vuelto loco el rey, y ha sido muerto! decía; no puedo menos de compadecerle. ¡Está despedazado el imperio, y este bandolero es feliz! ¡O fortuna, o destino! ¡Un bandolero feliz, y la más amable producción de la naturaleza ha muerto acaso de un modo horrible, o vive en peor condición que la misma muerte! ¡O Astarte! ¿Qué te has hecho?

Desde que amaneció el día, hizo preguntas a todos cuantos había en el castillo, pero estaban todos ocupados, y nadie le respondió: aquella noche habían hecho nuevas conquistas, y se estaban repartiendo los despojos. Cuanto en esta tumultuaria confusión pudo conseguir, fue licencia para irse, que aprovechó sin tardanza, más sumido que nunca en sus tristes pensamientos.

Caminaba Zadig inquieto y agitado, preocupado su ánimo con la malhadada



Astarte, con el rey de Babilonia, con su fiel Cador, con el dichoso bandolero Arbogad, con aquella tan antojadiza mujer que habían robado unos Babilonios en la frontera de Egipto, finalmente con todos los contratiempos y azares que había sufrido.

### XVII.- El pescador.

A pocas leguas del castillo de Arbogad, se encontró a orillas de un riachuelo, lamentando siempre su suerte, y mirándose como el epílogo de las desdichas humanas. Vio un pescador acostado a la orilla, que con desmayada mano retenía apenas sus redes que iba a dejar escapar, y alzaba los ojos al cielo.

Por cierto que yo soy el más desdichado de todos los hombres, decía el pescador. Por confesión de todo el mundo he sido el más célebre mercader de requesones de toda Babilonia, y lo he perdido todo. Tenía la mujer mas linda que pueda poseer hombre, y me ha

engañado. Me quedaba una mala casucha, y la he visto talar y derribar, Refugiado a una cabaña, sin más recurso que la pesca, no saco ni un pescado. No quiero tirarte al agua, red mía, yo soy quien me he de tirar. Diciendo estas palabras se levantó en postura de un hombre resuelto a dar fin a su vida en el río.

¡Así, dijo Zadig para sí, hay otros hombres tan desdichados como yo! Tan pronto como esta idea fue la de acudir a librar de la muerte al pescador. Corre a él, le detiene, y le hace preguntas en ademán enternecido y consolador. Dicen que es uno menos desdichado cuando no es él solo; pero según Zoroastro no es por malicia, que es por necesidad, porque se siente uno entonces atraído por otro desventurado como por un semejante suyo. La alegría de un dichoso fuera insulto; y son dos desventurados como dos flacos arbolillos que, apoyándose uno en otro, contra la borrasca se fortalecen.

¿Porqué os rendís a vuestra desgracia? dijo

Zadig al pescador. Porque no veo remedio a ella, le respondió. He sido el vecino más pudiente de la aldea de Derlback, cerca de Babilonia, y con ayuda de mi mujer hacia los mejores requesones del imperio, que gustaban infinito a la reina Astarte y al célebre ministro Zadig. Habla suministrado para entrambas casas seiscientos requesones: fui un día a Babilonia a que me pagaran, y supe que aquella misma noche se habían desaparecido Zadig y la reina. Fui corriendo a casa del señor Zadig, a quien nunca había visto, y encontré a los alguaciles del gran Desterham, que con un papel del rey en la mano robaban con mucho orden y sosiego toda la casa. Púseme en volandas en la cocina de la reina; algunos de los gentiles—hombres de beca me dijeron que había muerto, otros que estaba presa, y otros afirmaron que se había escapado; pero todos estuvieron contestes en que no se me pagarían mis requesones. Fuíme con mi mujer a casa del señor Orcan, que era uno de mis parroquianos;

le pedimos su amparo en nuestra cuita, y se le otorgó a mi mujer, y a mí no. Era mi mujer más blanca que los requesones que fueron el origen de mi desventura, y no brilla más la púrpura de Tyro que el color que su blancura animaba: por eso se la guardó Orcan, y me echó de su casa. Escribí a mi esposa desesperado una carta, y respondió al portador: Sí, ya, ya sé quien me escribe, ya me han hablado de él; dicen que hace requesones excelentes: que me traiga, y que se los paguen.

Quise acudir a la justicia en mi desdicha. Quedábanme seis onzas de oro: fue menester dar dos al jurisperito que consulté, otras dos al procurador que se encargó de mi asunto, y dos al escribiente del primer juez. Hecho esto, aun no se había empezado mi pleito, y ya llevaba mas dinero gastado que lo que mis requesones y mi mujer de añadidura valían. Volvíme al pueblo con ánimo de vender mi casa por recobrar a mi mujer. Valía esta unas sesenta onzas de oro; pero me veían pobre, y con

premura de vender. El primero a quien me dirigí me ofreció treinta, el segundo veinte, y el tercero diez; y la iba a dar por este precio, según estaba ciego. Vino a la sazón a Babilonia un príncipe de Hircania, asolando todo el país por donde pasaba, el cual saqueó mi casa, y después le puso fuego. Habiendo perdido de esta manera dinero, mujer y casa, me retiré al país donde me veis, procurando ganar mi vida con la pesca. Los peces hacen burla de mí lo mismo que los hombres: no saco ningunos, y me muero de hambre; y sin vos, consolador augusto, iba a tirarme al río.

No contó su historia el pescador sin hacer muchas pausas, y a cada una le decía Zadig, arrebatado y fuera de sí: ¿Con que nada sabéis de la suerte de la reina? No, señor, respondía el pescador; lo que sé, es que ni la reina ni Zadig me han pagado mis requesones, que me han robado a mi mujer, y que estoy desesperado. Yo espero, dijo Zadig, que no habéis de perder todo vuestro dinero. He oído hablar de ese

Zadig, como de un hombre honrado; y si vuelve a Babilonia, mas de lo que os debe os dará; mas por lo que hace a vuestra mujer, que no es tan honrada, aconsejoos que no hagáis diligencias por volver con ella. Tomad mi consejo, id a Babilonia, adonde antes que vos llegaré yo, porque vais a pié y yo voy a caballo; veos con el ilustre Cadour, decidle que habéis encontrado a su amigo, y esperadme en su casa: id en paz, que acaso no seréis siempre desdichado.

Poderoso Orosmandes, siguió, de mí os habéis valido para consolar a este hombre: ¿de quién os valdréis para darme a mí consuelo? Así decía dando al pescador la mitad de todo el dinero que traía de Arabia; y el pescador atónito y confuso besaba las plantas del amigo de Cadour, y le apellidaba su ángel tutelar.

Zadig no cesaba de preguntarle noticias, y de verter llanto. ¿Cómo, señor, exclamó el pescador, también sois desdichado siendo benéfico? Cien veces más infeliz que tú,

respondió Zadig. ¿Cómo puede ser, decía el buen hombre, que sea el que da mas digno de lástima que el que recibe? Porque tu mayor desgracia, replicó Zadig, era la necesidad, y la mía pende del coraron. ¿Os ha robado Orcan a vuestra mujer? dijo el pescador. Esta pregunta trajo a la memoria a Zadig todas sus aventuras, y le hizo repasar la lista de todos sus infortunios, empezando por la perra de la reina hasta su arribo a casa del bandolero Arbogad. Ha, dijo al pescador, Orcan es digno de castigo; pero por lo común esos son los hombres que están en privanza del destino. Sea como fuere, vete a casa del señor Cador, y espérame. Separáronse con esto: el pescador se fue dando gracias a su estrella, y Zadig maldiciendo sin cesar la suya.

#### XVIII.- El basilisco.

Llegó Zadig a un hermoso prado, donde vio una muchedumbre de mujeres que andaban

buscando solícitas cosa que parecía que habían perdido. Acercóse a una de ellas, y le preguntó si quería que las ayudara a buscar lo que querían hallar. Dios nos libre, respondió la Siria; lo que nosotras buscamos solo las mujeres pueden tocarlo. Raro es eso, dijo Zadig: ¿me haréis el favor de decirme qué cosa es esa que solo las mujeres pueden tocarla? Un basilisco, respondió ella. ¡Un basilisco, señora! ¿Y por qué motivo buscáis un basilisco? Para nuestro señor y dueño Ogul, cuyo palacio estáis viendo a orillas del río, y al cabo de este prado, que somos sus más humildes esclavas. El señor Ogul está malo, y le ha recetado su médico que coma un basilisco hervido en agua de rosas; y como es animal muy raro, y que solo de las mujeres se deja coger, ha prometido el señor Ogul que escogerá por su querida esposa a la que le lleve un basilisco: con que así dejádmelo buscar; que ya veis lo mucho que yo perdería, si una de mis compañeras antes que yo le topara.



Dejó Zadig a esta Siria y a todas las demás que buscaran su basilisco, y siguió su camino por la pradera. Al llegar a la orilla de un arroyuelo, encontró a otra dama acostada sobre los céspedes, que no buscaba nada. Parecía majestuosa su estatura, aunque tenía cubierto el rostro de un velo. Estaba inclinada la cabeza al arroyo; exhalaba de rato en rato hondos sollozos, y tenía en la mano una varita con la cual estaba escribiendo letras en una fina arena que entre los céspedes y el arroyo mediaba. Quiso ver Zadig qué era lo que escribía: arrimóse, y vio una Z, luego una A, y se maravilló: después leyó una D, y le dio un vuelco el corazón; mas nunca fue tanto su pasmo, como cuando leyó las dos postreras letras de su nombre. Permaneció inmóvil un rato; rompiendo al fin el silencio, con voz mal segura, dijo: Generosa dama, perdonad a un extranjero desventurado, que a preguntar se atreve ¿por qué extraño acaso encuentro aquí el nombre de Zadig, por vuestra divina mano

escrito? Al oír esta voz y estas palabras, alzó con trémula mano su velo la dama, miró a Zadig, dio un grito de ternura, de asombro y de alborozo, y rindiéndose a los diversos afectos que de consuno embatían su alma, cayó desmayada en sus brazos. Era Astarte, era la reina de Babilonia, la misma que idolatraba Zadig, y de cuyo amor le acusaba su conciencia; aquella cuya suerte tantas lágrimas le había costado. Estuvo un rato privado del uso de sus sentidos; y cuando clavó sus miradas en los ojos de Astarte que lentamente se abrían de nuevo entre desmayados, confusos y amorosos: ¡O potencias inmortales! exclamó, ¿me restituís a mi Astarte? ¿En qué tiempo, en qué sitio, en qué estado torno a verla? Hincóse de rodillas ante Astarte, inclinando su frente bajo del polvo de sus pies. Alzale la reina de Babilonia, y le sienta cabe sí en la orilla del arroyo, enjugando una y mil veces sus ojos que siempre en frescas lágrimas se bañaban. Veinte veces anudaba un hilo de razones que interrumpían

sus gemidos; hacíale preguntas acerca del acaso que los había reunido, y no daba lugar a que respondiese con preguntas nuevas; empezaba a contar sus desventuras, y quería saber las de Zadig. Habiendo finalmente ambos sosegado un poco el alboroto de su pecho, dijo en breves palabras Zadig por qué acaso se encontraba en esta pradera. ¿Pero como os hallo, o reina respetable y desdichada, en este desviado sitio, vestida de esclava, y acompañada de otras esclavas que buscan un basilisco, para hervirle, en virtud de una receta de médico, en agua de rosas?

Mientras que andan buscando su basilisco, voy a informaros, dijo la hermosa Astarte, de todo lo que he padecido, y que perdono al cielo una vez que vuelvo a veros. Ya sabéis que el rey mi esposo llevó a mal que fueseis el mas amable de todos los hombres, y acaso por este motivo tomó una noche la determinación de mandaros ahorcar, y darme un tósigo; y también sabéis que los cielos compasivos

dispusieron que me avisara mi enano mudo de las órdenes de su sublime majestad. Apenas os hubo precisado el fiel Cador a obedecerme y partiros, se atrevió a penetrar por una puerta excusada en mi cuarto a media noche, me sacó de palacio, y me llevó al templo de Orosmades, donde me encerró su hermano el mago dentro de una estatua colosal cuya basa se apoya en los cimientos del templo, y la cabeza toca con la bóveda. Aquí quedé como enterrada, puesto que el mago que me servia cuidó de que nada me faltase. Al rayar el día, entró en mi cuarto el boticario de su majestad con una pócima de beleño, opio, cicuta, eléboro negro, y anapelo; y otro oficial se encaminó a vuestra casa con un cordón de seda azul; mas no hallaron a nadie. Por engañar mas al rey, le hizo Cador una falsa denuncia contra nosotros dos, fingiendo que llevabais vos el camino de la India, y yo el de Menfis; y enviaron gente en nuestro seguimiento.

No me conocían los mensajeros que fueron

en busca riña, porque casi nunca había mostrado mi semblante, como no fuese a vos, delante de mi marido y por orden suya. Ibanme persiguiendo por las señas que de mi persona les habían dado; y se encontraron a la raya de Egipto con otra de mi estatura misma, y que acaso era mas hermosa. Estaba bañada en llanto, y andaba desatentada, de suerte que no dudaron de que era la reina de Babilonia, y la condujeron a Moabdar. Enojóse violentamente el rey por la equivocación; mas habiendo luego contemplado mas atentamente a esta mujer, vio que era muy hermosa, y se consoló. Llamábase Misuf, nombre que, según después me han dicho, significa en egipcíaco la bella antojadiza, y lo era efectivamente; pero no iban en zaga sus artes a sus antojos, tanto que habiendo gustado a Moabdar, le cautivó de manera que la declaró su legítima esposa. Manifestóse entonces su índole sin rebozo, entregándose sin freno a todas las extravagancias de su imaginación. Quiso precisar al sumo mago, viejo y gotoso, a

que bailase en su presencia; y habiéndose negado este, le persiguió de muerte. A su caballero mayor le mandó hacer una tarta de dulce; y puesto que representó que no era repostero, todo fue en balde: tuvo que hacer la tarta, y le despidió porque estaba muy tostada. El cargo de caballero mayor se le dio a su enano, y a un paje le hizo fiscal del consejo: de esta suerte gobernó a Babilonia. Llorábame todo el mundo; y el rey, que hasta que había mandado ahorcaros y darme veneno había sido bastante bueno, dejó que sus virtudes corriesen naufragio en su amor a la bella antojadiza. El día del fuego sagrado vino al templo, y le vi implorar a los Dioses por Misuf, postrado ante la estatua donde estaba yo metida. Alzando entonces la voz, le dije: "Los Dioses desechan las súplicas de un rey convertido en tirano, y que ha querido quitar la vida a una mujer de juicio, por casarse con una loca." Pusieron estas palabras en tamaña confusión a Moabdar, que se le fue la cabeza. Con el oráculo que había yo

pronunciado, y con la tiranía de Misuf sobraba para que perdiera la razón; y con efecto en pocos días se volvió loco.

Esta locura, que se atribuyó a castigo del cielo, fue la señal de rebelión: amotinóse el pueblo, y tomó armas; Babilonia, donde reinaba tanto tiempo hacia una muelle ociosidad, se convirtió en teatro de una horrorosa guerra civil. Sacáronme del hueco de mi estatua; pusieronme al frente de un partido, y fue Cador corriendo a Menfis, para traerlos a Babilonia. Noticioso de tan fatales nuevas acudió el príncipe de Hircania con su ejército a formar tercer partido en la Caldea, y vino a embestir al rey que le salió al encuentro con su desatinada egipciaca. Murió Moabdar, traspasado de mil heridas, y cayó Misuf en poder del vencedor. Quiso mi desventura que yo también fuera cogida por una partida de guerrilla hircana, que me condujo a presencia del príncipe, al mismo tiempo que le llevaban a Misuf. Sin duda sabréis con satisfacción que me

tuvo este por mas hermosa que la egipcia, pero no será de menos sentimiento para vos qué os diga que me destinó para su serrallo, diciéndome sin andarse con rodeos, que luego que concluyese una expedición militar para la cual iba a partirse, vendría a mí. Figuraos cual fue mi quebranto: rotos los vínculos que con Moabdar me estrechaban, podía ser de Zadig, y caía en los hierros de un bárbaro. Respondíle con toda la altivez que me inspiraban mi alta jerarquía y mis afectos, habiendo oído decir toda mi vida que las personas de mi dignidad las habían dotado los cielos de tal grandeza, que con una palabra y un mirar de ojos confundían en el polvo de la nada a cuantos temerarios eran osados a apartarse un punto del mas reverente acatamiento. Hablé como reina, pero fui tratada como una moza de cántaro: el Hircano, sin dignarse siquiera de responderme, le dijo a su eunuco negro que yo era mal hablada, pero que le parecía linda. Mandóle que me cuidase y me diera el trato



que a las que estaban en su privanza, para que me volviesen los colores, y fuese mas digna de sus caricias el día que le pareciese oportuno honrarme con ellas. Díjele que me mataría, y me respondió riéndose que ninguna se mataba por esas cosas, y que estaba acostumbrado a semejantes melindres, y se fue dejándome como un jilguero en jaula. ¡Qué situación para la primera reina del universo, y más para un corazón que era de Zadig!

El cual se hincó de rodillas al oír estas razones, regando con sus lágrimas las plantas de Astarte. Alzóle esta cariñosamente, y prosiguió diciendo: Veíame en poder de un bárbaro, y en competencia con una loca con quien estaba encerrada. Contóme Misuf su aventura de Egipto; y por la pintura que de vos hizo, por el tiempo, por el dromedario en que ibais montado, y por las demás circunstancias vine en conocimiento de que era Zadig quien había peleado en su defensa; y no dudando de que estuvierais en Menfis, me determiné a

refugiarme en esta ciudad. Bella Misuf, le dije, vos sois mucho más donosa que yo, y divertiréis más bien al príncipe de Hircania: procuradme medio para escapar; reinaréis vos sola, y me haréis feliz, librándoos de una rival. Misuf me ayudó a efectuar mi fuga, y me partí secretamente con una esclava egipcia.

Ya tocaba con la Arabia, cuando me robó un bandolero muy nombrado, llamado Arbogad, el cual me vendió a unos mercaderes que me trajeron a este palacio, donde reside el señor Ogul, que me compró sin saber quien yo fuese. Es este un glotón, que solo piensa en atracarse bien, y cree que le ha echado Dios al mundo para disfrutar de una buena mesa. Está tan excesivamente gordo, que a cada instante parece que va a reventar. Su médico poco influjo tiene con él cuando hace buena digestión, pero le manda despóticamente cuando tiene ahitera; y ahora le ha hecho creer que le había de sanar con un basilisco hervido en agua de rosas. Ha prometido dar su mano a

la esclava que le trajere un basilisco, y ya veis que yo las deixo que se merezcan tan alta honra, no habiendo nunca tenido menos ganas de topar el tal basilisco que desde que han querido los cielos que volviese a veros.

Dijéronse entonces Astarte y Zadig quanto a los mas generosos y apasionados pechos pudieron inspirar afectos tanto tiempo contrarestados, y tanto amor, y tanta desdicha; y los genios que al amor presiden llevaron las razones de ambos a la esfera de Venus.

Tornáronse a la quinta de Ogul las mujeres sin haber hallado nada. Zadig se presentó a él, y le habló así: Descienda del cielo la inmortal Hygia para dilatar vuestros años. Yo soy médico; he venido habiendo oído hablar de vuestra dolencia, y os traigo un basilisco hervido en agua de rosas; no porque aspire a casarme con vos, que solo os pido la libertad de una esclava joven de Babilonia, que os vendieron pocos días hace; y me allano a permanecer esclavo en su lugar, si no tengo la

dicha de sanar al magnífico señor Ogul.

Fue admitida la propuesta, y se partió Astarte para Babilonia en compañía del criado de Zadig, prometiéndole que le despacharía sin tardanza un mensajero, para informarle de cuanto hubiese sucedido. No menos que su reconocimiento fueron amorosos sus vales: porque, como está escrito en el gran libro del Zenda, las dos épocas más solemnes de la vida son el instante en que nos volvemos a ver, y aquel en que nos separamos. Quería Zadig a la reina tanto como se lo juraba, y la reina quería a Zadig más de lo que decía.

Zadig habló de esta suerte a Ogul: Señor, mi basilisco no se come, que toda su virtud se os ha de introducir por los poros; yo le he puesto dentro de una odre bien henchida de viento, y cubierta de un cuero muy fino; es menester que empujéis hacia mí dicha odre en el aire con toda vuestra fuerza, y que yo os la tire muchas veces; y con pocos días de dieta y de este ejercicio veréis la eficacia de mi arte. Al

primer día se hubo de ahogar Ogul, y creyó que iba a exhalar el alma; al segundo se cansó menos, y durmió más bien: por fin a los ocho días recobró toda la fuerza, la salud, la ligereza, y el buen humor de sus más floridos años. Zadig le dijo: habéis jugado a la pelota, y no os habéis hartado: sabed que no hay tal basilisco en el mundo; que un hombre sobrio y que hace ejercicio siempre vive sano, y que tan imaginado es el arte de amalgamar la gula con la salud como la piedra filosofal, la astrología judiciaria, y la teología de los magos.

Conociendo el primer médico de Ogul cuan peligroso para la medicina era semejante hombre, se coligó con el boticario del gremio para enviarle a buscar basiliscos al otro mundo: de suerte que habiendo sido castigado siempre por sus buenas acciones, iba a morir por haber dado la salud a un señor glotón. Convidáronle a un espléndido banquete, donde le debían dar veneno al segundo servicio; pero estando en el primero, recibió un parte de la hermosa reina, y

se levantó de la mesa, partiéndose sin tardanza. El que es amado de una hermosa, dice el gran Zoroastro, de todo sale bien en este mundo.

### XIX.- Las justas.

Fue recibida la reina en Babilonia con aquel júbilo con que se recibe siempre una princesa hermosa y desdichada. Entonces Babilonia parecía algo mas quieta: el príncipe de Hircania había perdido la vida en una batalla, y los Babilonios vencedores declararon que Astarte se casaría con el que fuera elegido por soberano. Mas no quisieron que el primer puesto del mundo, que era el de esposo de Astarte y monarca de Babilonia, pendiese de enredos y partidos; y juraron reconocer por rey al mas valiente y discreto. Levantaron a pocas leguas de la ciudad un vasto palenque cercado de anfiteatros magníficamente adornados; los mantenedores se habían de presentar armados de punta en blanco, y se le había señalado a

cada uno un aposento separado, donde no podía ver ni hablar a nadie. Se habían de correr cuatro lanzas; y los que tuviesen la dicha de vencer a cuatro caballeros, habían luego de pelear unos con otros: de suerte que el postrero por quien quedara el campo fuese proclamado vencedor del torneo. Cuatro días después había de volver con las mismas armas, y acertar las adivinanzas que propusiesen los magos; y si no las acertase, no había de ser rey, mas se habían de volver a correr lanzas, hasta que se diese con un hombre que saliese con victoria en ambas pruebas; porque estaban resueltos a no reconocer por rey a quien no fuese el mas valiente y mas discreto. En todo este tiempo no se permitía a la reina comunicar con nadie: solo se le daba licencia para que asistiera a los juegos cubierta de un velo; pero no se le consentía hablar con ninguno de los pretendientes, porque no hubiese injusticia ni valimiento.

Este aviso daba Astarte a su amante,

esperando que acreditada por ella mas valor y discreción que nadie. Partiósese Zadig, suplicando a Venus que fortaleciera su ánimo y alumbrara su entendimiento, y llegó a las riberas del Eúfrates la víspera del solemne día. Hizo asentar luego su mote entre los de los demás combatientes, escondiendo su nombre y su rostro, como mandaba la ley, y se fue a descansar al aposento que le había cabido en suerte. Su amigo Cador que estaba de vuelta en Babilonia, habiéndole buscado en Egipto, mandó llevar a su cuarto una armadura completa que le enviaba la reina, y también con ella el caballo mas lozano de la Persia. Bien vio Zadig que estas dádivas eran de mano de Astarte, y adquirió nuevo vigor, y esperanzas nuevas su amor y su denuedo.

Al día siguiente, sentada la reina bajo un dosel guarnecido de piedras preciosas, y llenos los anfiteatros de todas las damas y de gente de todos estados de Babilonia, se dejaron ver en el circo los mantenedores. Puso cada uno su mote



a los pies del sumo mago: sorteáronse, y el de Zadig fue el postrero. Presentóse el primero un señor muy rico, llamado Itobad, tan lleno de vanidad como falto de valor, de habilidad, y de entendimiento. Habíanle persuadido sus sirvientes a que un hombre como el debía de ser rey, y él les había respondido: Un hombre como yo debe reinar. Habíanle armado pues de pies a cabeza: llevaba unas armas de oro con esmaltes verdes, un penacho verde, y la lanza colgada con cintas verdes. Por el modo de gobernar Itobad su caballo, se echó luego de ver que no había destinado el cetro de Babilonia a un hombre como él el cielo. El primer caballero que corrió lanza le hizo perder los estribos, y el segundo le tiró por las ancas del caballo a tierra, las piernas arriba, y los brazos abiertos. Volvió a montar Itobad, pero haciendo tan triste figura, que todo el anfiteatro soltó la risa. No se dignó el tercero de tocarle con la lanza; sino que al pasar junto a él le agarró por la pierna derecha, y haciéndole dar

media vuelta, le derribó en la arena; los escuderos de los juegos acudieron a levantarlo riéndose: el cuarto combatiente le coge por la pierna izquierda, y le tira del otro lado. Condujéronle con mil baldones a su aposento, donde conforme a la ley había de pasar aquella noche: y decía, pudiendo apenas menearse: ¡Qué aventura para un hombre como yo!

Mejor desempeñaron su obligación los demás adalides: hubo algunos que vencieron a dos combatientes, y unos pocos llegaron hasta tres. Solo el príncipe Otames venció a cuatro. Presentóse el postrero Zadig, y con mucho donaire sacó de los estribos a cuatro jinetes uno en pos de otro; con esto empezó la lid entre Zadig y Otames. Este traía armas de azul y oro con un penacho de lo mismo; las de Zadig eran blancas. Los ánimos de los asistentes estaban divididos entre el caballero azul y el blanco: a la reina le palpitaba el corazón, haciendo fervientes ruegos al ciclo por el color blanco.

Dieron ambos campeones repetidas vueltas

y revueltas con tanta ligereza, asentáronse y esquivaron tales botes con las lanzas, y tan fuertes se mantenían en sus estribos, que todos, menos la reina, deseaban que hubiese dos reyes en Babilonia. Cansados ya los caballos, y rotas las lanzas, usó Zadig esta treta: pasa por detrás del príncipe azul, se abalanza a las ancas de su caballo, le coge por la mitad del cuerpo, le derriba en tierra: monta en la silla vacía, y empieza a dar vueltas al rededor de Otames tendido en el suelo. Clama todo el anfiteatro: Victoria por el caballero blanco. Alzase enfurecido Otames, saca la espada; da Zadig un salto del caballo el alfanje desnudo. Ambos empiezan en la arena nueva y mas peligrosa batalla; ora triunfa la agilidad, ora la fuerza. Vuelan al viento heridos de menudeados golpes el plumaje de sus yelmos, los clavos de sus brazaletes, la malla de sus armas. De punta y de filo se hieren a izquierda, a derecha, la cabeza, el pecho: retiranse, acométense; se apartan, se agarran de nuevo; dóblanse como

serpientes, embístense como leones: a cada instante saltan chispas de los golpes que se pegan. Zadig cobra en fin algún aliento, se para, esquivo un golpe de Otames, no le da vagar, le derriba, le desarma, y Otames exclama: Caballero blanco, a vos es debido el trono de Babilonia. No cabía en sí la reina de alborozo. Llevaron al caballero azul y al caballero blanco, a cada uno a su aposento, como habían hecho con todos los demás, cumpliendo con lo que mandaba la ley. Unos mudos los vinieron a servir, y les trajeron de comer. Bien se puede presumir si sería el mudo de la reina el que sirvió a Zadig. Dejaronlos dormir solos hasta el otro día por la mañana, que era cuando había de llevar el vencedor su mote al sumo mago, para cotejarle y darse a conocer.

Tan cansado estaba Zadig que durmió profundamente, puesto que enamorado; mas no dormía Itobad que estaba acostado en el cuarto inmediato: y levantándose por la noche

entró en el de Zadig, cogió sus armas blancas y su mote, y puso las suyas verdes en lugar de ellas. Apenas rayaba el alba, cuando se presentó ufano al sumo mago, declarándole que un hombre como él era el vencedor. Nadie lo esperaba, pero fue proclamado, mientras que aun estaba durmiendo Zadig. Volvióse Astarte a Babilonia atónita y desesperada. Casi vacío estaba todo el anfiteatro cuando despertó Zadig, y buscando sus armas se encontró con las verdes en su lugar. Vióse precisado a revestirse de ellas, no teniendo otra cosa de que echar mano. Armase atónito, indignado y enfurecido, y sale con este arreo. Toda cuanta gente aun había en el anfiteatro y el circo le acogió con mil baldones; todos so le arrimaban, y le daban vaya en su cara: nunca hombre sufrió tan afrentoso desaire. Faltóle la paciencia, y desvió a sablazos el populacho que se atrevió a denostarle; pero no sabía que hacerse, no pudiendo ni ver a la reina, ni reclamar las armas blancas que esta le había

enviado, por no aventurar su reputación: y mientras que estaba Astarte sumida en un piélago de dolor, fluctuaba él entre furores y zozobras. Paseábase por las orillas del Eúfrates, persuadido a que le había destinado su estrella a irremediable desdicha, y recapitulaba en su mente todas sus desgracias, desde la mujer que no podía ver a los tuertos, hasta la de su armadura. Eso he granjeado, decía, con haber despertado tarde; si no hubiera dormido tanto, fuera rey de Babilonia, y poseedor de Astarte. Así el saber, las buenas costumbres, el esfuerzo nunca para mas que para mi desdicha me han valido. Exhalóse al cabo en murmuraciones contra, la Providencia, y le vino la tentación de creer que todo lo regia un destino cruel que a los buenos oprimía, y hacia que prosperasen los caballeros verdes: que uno de sus mayores sentimientos era verse con aquellas armas verdes que tanta mofa le habían acarreado. Pasó un mercader, a quien se las vendió muy baratas, y le compró una bata y una gorra larga.

En este traje iba siguiendo la corriente del Eúfrates, desesperado, y acusando en su corazón a la Providencia que no se cansaba de perseguirle.

XX.- El ermitaño.

Caminando, como hemos dicho, se encontró con un ermitaño cuya luenga barba descendía hasta el estómago. Llevaba este un libro que iba leyendo muy atentamente. Paróse Zadig y le hizo una profunda reverencia, a que correspondió el ermitaño de manera tan afable y tan noble, que a Zadig le vino la curiosidad de razonar con él. Preguntóle qué libro era el que leía. El libro del destino, dijo el ermitaño: ¿queréis leer algún trozo? Pusosele en las manos; mas aunque fuese Zadig versado en muchos idiomas, no pudo conocer ni una letra, con lo cual se aumentó su curiosidad. Muy triste parecéis, le dijo el buen padre. ¡Tanto motivo tengo para estarlo! respondió Zadig. Si

me dais licencia para que os acompañe, repuso el anciano, acaso podré servirlos en algo; que a veces he hecho bajar el consuelo a las almas de los desventurados. La traza, la barba y el libro del ermitaño infundieron respeto en Zadig, y en su conversación encontró superiores luces. Hablaba el ermitaño del destino, de la justicia, de la moral, del sumo bien, de la humana flaqueza, de las virtudes y los vicios con tan viva y penetrante elocuencia, que Zadig por un irresistible embeleso se sentía atraído hacia él, y le rogó con ahínco que no le dejara hasta que estuviesen de vuelta en Babilonia. Ese mismo favor os pido yo; juradme por Orosmades, que sea lo que fuere lo que me veáis hacer, no os habéis de separar de mí en algunos días. Jurólo Zadig, y siguieron juntos ambos su camino.

Aquella misma tarde llegaron a una magnífica quinta, y pidió el ermitaño hospedaje para sí y para el mozo que le acompañaba. Introdújolos en casa, con ademán de desdeñosa generosidad, un portero que parecía un gran



señor, y los presentó a un criado principal, que les enseñó los aposentos de su amo. Sentáronlos al cabo de la mesa, sin que se dignara el dueño de aquel palacio de honrarlos con una mirada; pero los sirvieron, como a todos los demás, con opulencia y delicadeza. Diéronles luego agua a manos en una palangana de oro, guarnecida de esmeraldas y rubíes; lleváronlos a acostar a un suntuoso aposento, y la mañana siguiente trajo el criado a cada uno una moneda de oro, y después los despidieron.

El amo de esta casa, dijo Zadig en el camino, me parece que es hombre generoso, aunque algo altivo, y que ejercita con nobleza la hospitalidad. Al decir estas palabras, advirtió que parecía tieso y henchido una especie de costal muy largo que traía el ermitaño, y vio dentro la palangana de oro guarnecida de piedras preciosas, que había hurtado. No se atrevió a decirle nada, pero estaba confuso y perplejo.

A la hora de mediodía se presentó el ermitaño a la puerta de una casucha muy mezquina, donde vivía un rico avariento, y pidió que le hospedaran por pocas lloras. Recibióle con áspero rostro un criado viejo mal vestido, y llevó a Zadig con el ermitaño a la caballeriza, donde les sirvieron unas aceitunas podridas, un poco de pan bazo, y de vino avinagrado. Comió y bebió el ermitaño con tan buen humor como el día antes; y dirigiéndose luego al criado viejo que no quitaba la vista de uno y otro porque no hurtaran nada, y que les daba prisa para que se fuesen, le dio las dos monedas de oro que había recibido aquella mañana, y agradeciéndole su cortesía, añadió: Ruégoos que me permitáis hablar con vuestro amo. Atónito el criado le presentó los dos caminantes. Magnífico señor, dijo el ermitaño, no puedo menos de daros las más rendidas gracias por el agasajo tan noble con que nos habéis hospedado; dignaos de admitir esta palangana de oro en corta paga de mi gratitud.

Poco faltó para desmayarse con el gozo el avariento; y el ermitaño, sin darle tiempo para volver de su asombro, se partió a toda prisa con su compañero joven. Padre mío, le dijo Zadig, ¿qué quiere decir lo que estoy viendo? paréceme que no os semejáis in nada a los demás: ¡robáis una palangana de oro guarnecida de piedras preciosas a un señor que os hospeda con magnificencia, y se la dais a un avariento que indignamente os trata! Hijo, respondió el anciano, el hombre magnífico que solo por vanidad, y por hacer alarde de sus riquezas, hospeda a los forasteros, se tornará mas cuerdo; y aprenderá el avariento a ejercitar la hospitalidad. No os dé pasmo nada, y seguidme. Todavía no atinaba Zadig si iba con el mas loco o con el mas cuerdo de los hombres; pero tanto era el dominio que se había granjeado en su ánimo el ermitaño, que obligado también por su juramento no pudo menos de seguirle.

Aquella tarde llegaron a una casa aseada,

pero sencilla, y donde nada respiraba prodigalidad ni parsimonia. Era su dueño un filósofo retirado del tráfico del mundo, que cultivaba en paz la sabiduría y la virtud, y que nunca se aburría. Había tenido gusto especial en edificar este retirado albergue, donde recibía a los forasteros con una dignidad que en nada se parecía a la ostentación. El mismo salió al encuentro a los dos caminantes, los hizo descansar en un aposento muy cómodo; y poco después vino él en persona a convidarlos a un banquete aseado y bien servido, durante el cual habló con mucho tino de las últimas revoluciones de Babilonia. Pareció adicto de corazón a la reina, y hubiera deseado que Zadig se hubiera hallado entre los competidores a la corona; pero no merecen los hombres, añadió, tener un rey como Zadig. Abochornado este sentía crecer su dolor. En la conversación estuvieron todos conformes en decir que no siempre iban las cosas de este mundo a gusto de los sabios; pero sustento el ermitaño que no

conocíamos las vías de la Providencia, y que era desacierto en los hombres fallar acerca de un todo, cuando no veían más que una pequeñísima parte.

Tratóse de las pasiones. ¡Cuan fatales son! dijo Zadig. Son, replicó el ermitaño, los vientos que hinchen las velas del navío; algunas veces le sumergen, pero sin ellas no es posible navegar. La bilis hace iracundo, y causa enfermedades; mas sin bilis no pudiera uno vivir. En la tierra todo es peligroso, y todo necesario.

Tratóse del deleite, y probó el ermitaño que era una dádiva de la divinidad; porque el hombre, dijo, por sí propio no puede tener sensaciones ni ideas: todo en él es prestado, y la pena y el deleite le vienen de otro, como su mismo ser.

Pasmábase Zadig de que un hombre que tantos desatinos había cometido, discurriese con tanto acierto. Finalmente después de una conversación no menos grata que instructiva,

Llevó su huésped a los dos caminantes a un aposento, dando gracias al cielo que le había enviado dos hombres tan sabios y virtuosos. Brindóles con dinero de un modo ingenuo y noble que no podía disgustar: rehusóle el ermitaño, y le dijo que se despedía de él, porque hacia ánimo de partirse para Babilonia antes del amanecer. Fue afectuosa su separación, y con especialidad Zadig se quedó penetrado de estimación y cariño a tan amable huésped.

Cuando estuvo con el ermitaño en su aposento, hicieron ambos un pomposo elogio de su huésped. Al rayar el alba, despertó el anciano a su camarada. Vámonos, le dijo; quiero empero, mientras que duerme todo el mundo, dejar a este buen hombre una prueba de mi estimación y mi cariño. Diciendo esto, cogió una tea, y pegó fuego a la casa. Asustado Zadig dio gritos, y le quiso estorbar que cometiese acción tan horrenda; pero se le llevaba tras sí con superior fuerza el ermitaño.

Ardía la casa, y el ermitaño que junto con su compañero ya estaba desviado, la miraba arder con mucho sosiego. Lado sea Dios, dijo, ya está la casa de mi buen huésped quemada hasta los cimientos, ¡Qué hombre tan feliz! Al oír estas palabras le vinieron tentaciones a Zadig de soltar la risa, de decir mil picardías al padre reverendo, de darle de palos, y de escaparse; pero las reprimió todas, siempre dominado por la superioridad del ermitaño, y le siguió hasta la última jornada.

Alojáronse en casa de una caritativa y virtuosa viuda, la cual tenía un sobrino de catorce años, muchacho graciosísimo, y que era su única esperanza. Agasajólos lo mejor que pudo en su casa, y al siguiente día mandó a su sobrino que fuera acompañando a los dos caminantes hasta un puente que se había roto poco tiempo hacia, y era un paso peligroso. Precedíalos muy solícito el muchacho; y cuando hubieron, llegado al puente, le dijo el ermitaño: Ven acá, hijo mío, que quiero

manifestar mi agradecimiento a tu tía; y agarrándole de los cabellos le tira al río. Cae el chico, nada un instante encima del agua, y se le lleva la corriente. ¡O monstruo, o hombre el mas perverso de los hombres! exclamó Zadig. De tener mas paciencia me habíais dado palabra, interrumpió el ermitaño: sabed que debajo de los escombros de aquella casa a que ha pegado fuego la Providencia, ha encontrado su dueño un inmenso tesoro; sabed que este mancebo ahogado por la Providencia había de asesinar a su tía de aquí a un año, y de aquí a dos a vos mismo. ¿Quién te lo ha dicho, inhumano? clamó Zadig; ¿y aun cuando hubieses leído ese suceso en tú libro de los destinos, qué derecho tienes para ahogar a un muchacho que no te ha hecho mal ninguno?

Todavía estaba hablando el Babilonio, cuando advirtió que no tenía ya barba el anciano, y que se remozaba su semblante. Luego desapareció su traje de ermitaño, y cuatro hermosas alas cubrieron un cuerpo



majestuoso y resplandeciente. ¡O paraninfo del cielo, o ángel divino, exclamó postrado Zadig, con que has bajado del empíreo para enseñar a un flaco mortal a que se someta a sus eternos decretos! Los humanos, dijo el ángel Jesrad, sin saber de nada fallan de todo: entre todos los mortales tú eras el que mas ser ilustrado merecías. Pidióle Zadig licencia para hablar, y le dijo: No me fío de mi entendimiento; pero si he de ser osado a suplicarte que disipes una duda mía, dime ¿si no valía más haber enmendado a ese muchacho, y héchole virtuoso, que ahogarle? Si hubiese sido virtuoso y vivido, respondió Jesrad, era su suerte ser asesinado con la mujer con quien se había de casar, y el hijo que de este matrimonio había de nacer. ¿Con que es indispensable, dijo Zadig, que haya atrocidades y desventuras, y que estas recaigan en los hombres virtuosos? Los malos, replicó Jesrad, siempre son desdichados, y sirven para probar un corto número de justos sembrado sobre la haz de la tierra, sin que haya

mal de donde no resulte un bien. Empero, dijo Zadig, ¿si solo hubiese bienes sin mezcla de males? La tierra entonces, replicó Jesrad, fuera otra tierra; la cadena de los sucesos otro orden de sabiduría; y este orden, que seria perfecto, solo en la mansión del Ser Supremo, donde no puede haber mal ninguno, puede existir. Millones de mundos ha criado, y no hay dos que puedan parecerse uno a otro: que esta variedad inmensa es un atributo de su inmenso poder. No hay en la tierra dos hojas de árbol, ni en los infinitos campos del cielo dos globos enteramente parecidos; y cuanto ves en el pequeñísimo átomo donde has nacido forzosamente, había de existir en su tiempo y lugar determinado, conforme a las inmutables órdenes de aquel que todo lo abraza. Piensan los hombres que este niño que acaba de morir se ha caído por casualidad en el río, y que aquella casa se quemó por casualidad; mas no hay casualidad, que todo es prueba o castigo, remuneración o providencia. Acuérdate de

aquel pescador que se tenía por el más desventurado de los mortales, y Orosmales te envió para mudar su suerte. Deja, flaco mortal, de disputar contra lo que debes adorar. Empero, dijo Zadig... Mientras él decía EMPERO, ya dirigía el ángel su raudo vuelo a la décima esfera. Zadig veneró arrodillado la Providencia, y se sometió. De lo alto de los ciclos le gritó el ángel: Encamínate a Babilonia.

#### XXI.- Las adivinanzas.

Fuera de sí Zadig, como uno que ha visto caer junto a sí un rayo, caminaba desatentado. Llegó a Babilonia el día que para acertar las adivinanzas, y responder a las preguntas del sumo mago, estaban ya reunidos en el principal atrio del palacio todos cuantos habían combatido en el palenque; y habían llegado todos los mantenedores de la justa, menos el de las armas verdes. Luego que entró Zadig en la ciudad, se agolpó en torno de él la gente, sin

que se cansaran sus ojos de mirarle, su lengua de darle bendiciones, ni su corazón de desear que se ciñese la corona. El envidioso que le vio pasar se esquivó despechado, y le llevó en volandas la muchedumbre al sitio de la asamblea. La reina, a quien informaron de su arribo, vacilaba agitada de temor y esperanza; y llena de desasosiego no podía entender porque venía Zadig desarmado, o como llevaba Itobad las armas blancas. Alzóse un confuso murmullo así que columbraron a Zadig: todos estaban pasmados y llenos de alborozo de verle; pero solamente los caballeros que habían peleado tenían derecho a presentarse en la asamblea.—Yo también he peleado, dijo, pero otro ha usurpado mis armas; y hasta que tenga la honra de acreditarlo, pido licencia para presentarme a acertar los enigmas. Votaron; y estaba tan grabada aun en todos los ánimos la reputación de su probidad, que unánimemente fue admitido.

La primera cuestión que propuso el sumo

mago fue: ¿cual es la mas larga y mas corta de todas las cosas del mundo, la mas breve y mas lenta, la mas divisible y mas extensa, la que mas se desperdicia y mas se llora haber perdido, sin la que nada se puede hacer, que se traga todo lo mezquino, y da vida a todo lo grande? Tocaba a Itobad responder, y dijo que él no entendía de adivinanzas, y que le bastaba haber sido vencedor lanza en ristre. Unos dijeron que era la fortuna, otros que la tierra, y otros que la luz. Zadig dijo que era el tiempo. No hay cosa mas larga, añadió, pues mide la eternidad; ni mas corta, pues falta para todos nuestros planes: ni mas lenta para el que espera, ni mas veloz para el que disfruta; se extiende a lo infinitamente grande, y se divide hasta lo infinitamente pequeño; ninguno hace aprecio de él, y todos lloran su pérdida; sin él nada se hace; sepulta en el olvido cuanto es indigno de la posteridad, y hace inmortales las grandes acciones. La asamblea confesó que tenía razón Zadig.

Preguntaron luego: ¿Qué es lo que recibimos sin agradecerlo, disfrutamos sin saber cómo, damos a otros sin saber donde estamos, y perdemos sin echarlo de ver? Cada uno dijo su cosa; solo Zadig adivinó que era la vida, y con la misma facilidad acertó los demás enigmas. Itobad decía al fin que no había cosa más fácil, y que con la mayor facilidad habría él dado con ello, si hubiera querido tomarse el trabajo. Propusiéronse luego cuestiones acerca de la justicia, del sumo bien, del arte de reinar; y las respuestas de Zadig se reputaron por las más sólidas. Lástima es, decían todos, que sujeto de tanto talento sea tan mal jinete.

Ilustres señores, dijo en fin Zadig, yo he tenido la honra de vencer en el palenque, que soy el que tenía las armas blancas. El señor Itobad se revistió de ellas mientras que yo estaba durmiendo, creyendo que sin duda le sentarían más bien que las verdes. Le reto para probarle delante de todos vosotros, con mi bata y mi espada, contra toda su luciente armadura

blanca que me ha quitado, que fui yo quien tuve la honra de vencer al valiente Otames.

Admitió Itobad el duelo con mucha confianza, no dudando de que con su yelmo, su coraza y sus brazaletes, acabaría fácilmente con un campeón que se presentaba en bata y con su gorro de dormir. Desnudó Zadig su espada después de hacer una cortesía a la reina, que agitada de temor y alborozo le miraba; Itobad desenvainó la suya sin saludar a nadie, y acometió a Zadig como quien nada tenía que temer. Ibale a hender la cabeza de una estocada, cuando paró Zadig el golpe, haciendo que la espada de su contrario pegase en falso, y se hiciese pedazos. Abrazándose entonces con su enemigo le derribó al suelo, y poniéndole la punta de la espada por entre la coraza y el espaldar: dejaos desarmar, le dijo, si no queréis perder la vida. Pasmado Itobad, como era su costumbre, de las desgracias que a un hombre como él sucedían, no hizo resistencia a Zadig, que muy a su sabor le quitó su magnífico

yelmo, su soberbia coraza, sus hermosos brazaletes, sus lucidas escazuelas, y así armado fue a postrarse a las plantas de Astarte. Sin dificultad probó Cadór que pertenecían estas armas a Zadig, el cual por consentimiento unánime fue alzado por rey, con sumo beneplácito de Astarte, que después de tantas desventuras disfrutaba la satisfacción de contemplar a su amante digno de ser su esposo a vista del universo. Fuése Itobad a su casa a que le llamaran Su Excelencia. Zadig fue rey y feliz, no olvidándose de cuanto le había enseñado el ángel Jesrad, y acordándose del grano de arena convertido en diamante: y él y la reina adoraron la Providencia. dejó Zadig correr por el mundo a la bella antojadiza Misuf; envió a llamar al bandolero Arbogad, a quien dio un honroso puesto en el ejército, prometiéndole que le adelantaría hasta las primeras dignidades militares si se portaba como valiente militar, y que le mandaría ahorcar si hacia el oficio de ladrón. Setoc,



llamado de lo interior de la Arabia, vino con la hermosa Almona, y fue nombrado superintendente del comercio de Babilonia. Cador, colocado y estimado como merecían sus servicios, fue amigo del rey, y este ha sido el único monarca en la tierra que haya tenido un amigo. No se olvidó Zadig del mudo, ni del pescador, a quien dio una casa muy hermosa. Orcan fue condenado a pagarle una fuerte cantidad de dinero, y a restituirle su mujer; pero el pescador, que se había hecho hombre cuerdo, no quiso más que el dinero.

La hermosa Semira no se podía consolar de haberse persuadido a que hubiese quedado Zadig tuerto, ni se hartaba Azora de llorar por haber querido cortarle las narices. Calmó el rey su dolor con dádivas; pero el envidioso se cayó muerto de pesar y vergüenza. Disfrutó el imperio la paz, la gloria y la abundancia; y este fue el más floreciente siglo del mundo, gobernado por el amor y la justicia. Todos bendecían a Zadig, y Zadig bendecía el cielo.

(Nota.) Aquí se concluye el manuscrito que de la historia de Zadig hemos hallado. Sabemos que le sucedieron luego otras muchas aventuras que se conservan en los anales contemporáneos, y suplicamos a los eruditos intérpretes de lenguas orientales, que nos las comuniquen si a su noticia llegaren.